

**SOLUM**

**JESSICA ALEJANDRA RAMÍREZ RODRÍGUEZ**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2019**

**SOLUM**

**JESSICA ALEJANDRA RAMÍREZ RODRÍGUEZ**

Trabajo de Grado

**ASESOR:**

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2019**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

## NOTA DE ACEPTACIÓN

---

---

---

---

---

---

Presidente del Jurado

---

Jurado

San Juan de Pasto, marzo \_\_\_\_ de 2019

## **AGRADECIMIENTOS**

La autora desea expresar sus agradecimientos:

A la Universidad de Nariño, lugar que guarda un recuerdo en cada pasillo.

Al Departamento de Humanidades y filosofía, a su cuerpo docente y administrativo, por su atento servicio.

Al Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha, por brindar su sabia asesoría y consejo.

A Nicolás, por aportar a este proyecto su talento fotográfico.

A la posibilidad de coincidir en las manos de los lectores.

## DEDICATORIA

A la tormenta que alborota mi alma y desestabiliza mi paso: mi familia; a Ana, Valeria y Rubiel, quienes favorecen mi existencia de forma intangible.

A mis hermanas de estadía en los últimos cinco largos años.

A quienes inspiraron un par de renglones de esta historia, aunque ya no estén.

Al color más lindo que vieron mis ojos y que se convirtió en el lugar donde quiero vivir en adelante.

A Samuel y Santiago Oñate Ramírez.

## CONTENIDO

	Pág.
1. PRESENTACIÓN	11
BIBLIOGRAFÍA	20
2. SOLUM	22
2.1 ANAMNESIS	23
2.2 CINCUENTA Y TRES DÍAS EN EL PIANO	30
2.3 DES-AFINIDAD	63
2.4 DE MARGOTH Y OTRAS MUJERES	74

## LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Abrazando la oscuridad	28
Figura 2. Lila al anoecer	44
Figura 3. Rostro de la soledad	65
Figura 4. Relieve en sombras	74

## RESUMEN

*Solum* transcurre en el afán de Emma Azul por experimentar algo que la sacase del terrible vacío al que la han arrojado los recuerdos de una vida dolorosa, pero que le ha llevado a los más deleitosos placeres. La universalidad del amor en su máxima expresión y lo accidental de la tragedia humana llevan a que la locura, el alcohol, la poesía y demás excesos aplacasen de momento el desespero de la protagonista. Blanco, Margarita, Lila, Lucifer y Margot, son algunos de los destinatarios a los que Emma les envía sus cartas, en las que perfila el croquis de lo que sería una pasión, que no sabe bien dónde encontrará su saciedad o final, si en el hospicio o en la muerte.

### **Palabras claves:**

- Educación
- Literatura
- Narración
- Novela
- Poesía

## ABSTRACT

*Solum* goes through Emma Azul's eagerness to experience something that will take her out of the terrible emptiness into which the memories of a painful life have thrown her, but which has led her to the most delightful pleasures. The universality of love in its maximum expression and the accidentalness of human tragedy lead to madness, alcohol, poetry and other excesses shortly appease the despair of the protagonist. Blanco, Margarita, Lila, Lucifer and Margot, are some of the addressees to whom Emma sends her letters, in which she outlines the sketch of what would be a passion, who does not know where to find her satiety or end, if in the hospice or in death.

### **Keywords:**

- Education
- Literature
- Narrative
- Novel
- Poetry

## PRESENTACIÓN

*Solum* es un ejercicio de creación literaria, donde la poesía se utiliza como herramienta fundamental, algo que ha tenido lugar debido a la concepción actual de novela, concepto que ha girado y cambiado a partir del cuestionamiento frente a lo que cabe y no dentro de la literalidad de la novela, planteamiento que si bien es cierto Román Jacobson ya había advertido, si se parafrasea su advertencia de que la novela es solo lo que es y no otro tipo de discurso, encontrar, pues, en la poesía una herramienta básica que aporte estética y funcionalmente a la obra, es lo que se denota, por ejemplo, en *El diario de un seductor*, de Søren Kierkegaard, cuando, en el prólogo, aun antes de que, como lector, asumiera el pacto con el autor, se ve puesto en alerta ante la forma cómo se ha escrito el texto; el lenguaje poético utilizado en el libro no es otra cosa que el espíritu de poeta, que tiene el escritor: ¿será esta acaso una forma de vivir, de ver la realidad, de sentir la exterioridad y reaccionar a ella, más que una simple herramienta.

¿Amo a Cordelia? ¡Sí! ¿Con toda sinceridad? ¡Sí! ¿Lealmente? Sí, en sentido estético, y esto quiere decir algo. ¿Qué satisfacción habría conseguido esta jovencita en caso de caer en brazos de un marido fiel? ¿Qué habría sido de ella? Nada. Se dice que en el mundo se necesita algo más que lealtad para vivir; yo diría que se necesita algo más que lealtad para amar a esa jovencita. Ese algo más lo tengo yo: es la falsedad. Y, sin embargo, yo la amo lealmente. Con seriedad y moderación me vigilo para que todo lo que hay en ella, toda su rica y divina naturaleza pueda salir a la luz. Yo soy uno de los pocos que puede conseguirlo; ella es una de las pocas que se lo merece. ¿No estamos, por esto mismo, hechos el uno para la otra?<sup>1</sup>

Por ejemplo, en esta cita resulta evidente que la narrativa toma forma de poema y se torna atractiva para el lector, además de llevar a tal punto de identificarse con lo que en él se dice y generar que se constituyera un imaginario común con el autor; sentir que al lector le ha pasado lo que el novelista ha tratado de plasmar en el papel es una señal de que el pacto ha funcionado, pero se debe tomar en cuenta que si bien es cierto la obra se torna verosímil a medida que se avanza en la lectura, lo que se ha leído no debe tomarse como literal, pues el autor se encuentra ajeno a las convicciones morales del lector, y allí debe mantenerse, si bien es cierto aquello a lo que se refiere Bajtín, respecto a que existe una relación entre literatura e ideología, la novela no puede convertirse en ideología o “ley moral”, por así decirlo; lo que sucediera con los personajes, por el simple hecho de formar parte de una creación narrativa de ficción, son actos de ficción, no falsos, sino parte del imaginario que ha creado el autor.

Así, pues, la carga moral que se le otorgase al texto corre por cuenta y responsabilidad del lector; póngase como ejemplo que, como Licenciados en Filosofía y Letras, se pudiera asumir: “Dios ha muerto”: esta frase, que popularizó Nietzsche, a menudo puede tomarse como literal y, por ello, causar una que otra controversia con quien la leyera o la valorara, pero se debe ir al fondo de esto; no es precisamente el Dios judío-cristiano al que se refiere,

---

<sup>1</sup> Søren Kierkegaard. *El diario de un seductor*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/153822.pdf>, p. 49.

sino a todos los valores establecidos, a las construcciones morales y sociales que le han impuesto al ser humano, pero, para saberlo así, se requiere no solo de una lectura de la obra, sino del autor; se requiere una bifurcación de la lectura y la vida real, aunque la lectura resultase algo semejante a la vivencia cotidiana.

La capacidad de la autora para incorporar los imaginarios sociales, que se convierten en cotidianidad, en una composición de ficción, pero que no careciera de veracidad y cohesión en la misma historia, hacen que *Solum* se posicionara con sencillez como una novela de aprendizaje y atractiva para el lector: narrar una historia y suponer que el lector se va a encontrar proyectado en ella, constituye un reto, que asume quien la escribe, al igual que el pacto que asume el lector cuando se encamina en la labor de leerla, desde el principio hasta el final, no implica que no hubiera retorno; en su lugar, supone que se ha logrado el cometido del que se había hablado en el marco teórico, que acompaña a este proyecto, aquello de que la función poética del texto logra cautivar al lector e impide que dejase la lectura de la obra a mitad del camino.

Como principal propósito, además de entregar un resultado estéticamente apreciable, *Solum* intenta reunir en sus páginas la función primordial del Licenciado en Filosofía y Letra, consistente en pasar al lenguaje oral o escrito los procesos que se han fundamentado en el entendimiento; esto es, utilizar la narrativa como principal herramienta en su quehacer como educador, además de la clara intención de generar en el lector la capacidad de asombro, para que, luego, se lanzara al quehacer reflexivo y creativo,

Si no te sale ardiendo de dentro,  
a pesar de todo,  
no lo hagas. A no ser que salga espontáneamente de tu corazón  
y de tu mente y de tu boca  
y de tus tripas,  
no lo hagas.  
Si tienes que sentarte durante horas  
con la mirada fija en la pantalla del ordenador  
o clavado en tu máquina de escribir  
buscando las palabras,  
no lo hagas.  
Si lo haces por dinero o fama,  
no lo hagas.  
Si lo haces porque quieres mujeres en tu cama,  
no lo hagas.  
Si tienes que sentarte  
y reescribirlo una y otra vez,  
no lo hagas.  
Si te cansa sólo pensar en hacerlo,  
no lo hagas.  
Si estás intentando escribir  
como cualquier otro, olvídalos.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Charles Bukowski. ¿Así que quieres ser escritor? Disponible en: <https://narrativabreve.com/2014/07/poe-ma-bukowski-ser-escriptor.html>

Ya lo deja claro Bukowski en el fragmento de su poema ¿Así que quieres ser escritor?: no se es escritor de la noche a la mañana; a lo mejor la relación entre lectura y escritura fuese la clave para lograr un buen resultado narrativo, si bien es cierto, como lo decía ya antes, la escritura es una forma de vivir, incluso de considerarse a salvo de la realidad externa; el quehacer del escritor implica trabajo; la hipertextualidad, de la que habla Bajtín, en su teoría del texto narrativo, no puede asumirse de otra manera, sino como la reproducción casi que involuntaria en la que cae el escritor y trae para su creación lo que su intelecto ha recogido de lo que ha leído anteriormente.

Resulta difícil encontrar un estilo propio, pero podría aventurarse decir que lo que le da la originalidad al texto no es lo inédito del tema, sino la forma en que se emplean las herramientas, tesis que a lo mejor ya se ha implementado y que, justo ahora, no se logra recordar; así, pues, *Solum*, sin la mínima intención de generar una ruptura en la escritura, se constituye como una novela de aprendizaje, expresión que, en general, se ha utilizado en una etapa que, según el Psicoanálisis, se ubica en el paso de la niñez a la adolescencia, ese tránsito de descubrimiento y experimentación, en que el individuo, de alguna forma, transgrede los límites de lo ya impuesto por “los padres” que, hasta ese momento, habían hecho las veces de control moral.

Aquí se encuentra uno de los fundamentos más fuertes para describir este tipo de ejercicios de escritura, en los docentes de Filosofía y Literatura, como una herramienta para fundamentar y para generar un ejercicio de producción en los lectores y educandos.

Si bien es cierto que en la obra se ha tratado de plasmar lo que se ha tratado de exponer antes, también hay algo presente en ella, y es una reflexión respecto a lo que, como estudiante de la Facultad de Ciencias Humanas, se va a intentar traer a colación, o sea una influencia bastante marcada en la escritura de *Solum*, el *Breviario de podredumbre*, de Emil Cioran.

No son los males violentos los que nos marcan, sino los males sordos, los insistentes, los tolerables, aquellos que forman parte de nuestra rutina y nos minan meticulosamente como el tiempo.

**Emil Cioran**

Se desea centrar los esfuerzos de desarrollar en esta parte de la presentación de *Solum*, de la mejor forma, la interpretación que se ha logrado de Cioran y su *Breviario de podredumbre*, a partir de una lectura, primero investigativa y, luego, de interpretación; un recorrido por el hombre como sujeto y por las apreciaciones sobre la política, los valores, las instituciones (metarrelatos), a través de los conceptos que, según dicha lectura de Cioran, han permitido avizorar, con el fin de lograr atender al llamado del autor, para romper con esos valores que han manipulado al hombre durante toda su historia y, luego, plasmarlo de forma indirecta en algunos capítulos del ejercicio de creación literaria; así, pues, se va a empezar a adentrarse en el camino que imaginariamente se ha planteado.

El hombre, en su condición de ser humano, es un ser ávido o lleno de creencias, las que se traducen como seguridades ilusorias, carentes de demostración, por lo mismo que no son otra cosa que engañosos discursos que han regido el comportamiento vital del hombre; repeticiones de un discurso que, además de ser de poder-miedo, es un discurso prácticamente inamovible de la cotidianeidad del hombre; no se refiere necesariamente a un discurso manipulador para una de las dos partes de la balanza; se refiere a la manipulación, para bien o para mal, para cualquiera de los dos extremos; es la manipulación el problema primordial, no el fin con el que se manipula que, en palabras del mismo Cioran, no tiene otro objetivo que el despedazamiento intelectual del objeto pensante (hombre).

Hasta este punto, según el autor, no existe otra salida que el escepticismo: el no salir en defensa de nada, sino, más bien, ponerlo todo en duda, tema que antes se ha tratado de dar a conocer al lector y ha sido uno de los primordiales fundamentos que se ha asumido como autora de *Solum*, que, ya se había dicho, constituye una novela de aprendizaje, como resultado de una amplia influencia de pensadores como Cioran.

“El escepticismo es un ejercicio de desafinación”

**E. M. Cioran**

A esto se le debe apostar para salir del engaño en el que las personas se han vuelto sumisas; se debe, por medio de este escepticismo, desarmar el montaje verbal, lingüístico, que enfatiza en la manipulación de la que se había hablado antes, pues nada debe quedar a salvo de la crítica; el objeto que no se somete a la crítica fácilmente puede condenarse a que fuese una apología de lo que se ha tragado entero, de lo no analizado, de lo que se ha oído e irremediablemente se ha repetido, tema que Cioran aborda desde el ejemplo con los emperadores (gobernantes), que han llevado a la decadencia; el gobernante que, a la vista de la crítica, resulta opaco, es un asesino de las ilusiones de los hombres; un ser que no tiene imaginación, incluso un ser capaz de profanar su propio discurso; este es el caso de aquellos capaces de jurar en el nombre de Dios y lograr un triunfo blasfemo.

Es preciso detenerse en este momento y pensar en la cantidad de crímenes atroces, en la cantidad de personas quemadas en el nombre de Dios, en los rechazados, en los marginados en nombre de la religión, en actos incoherentes, pues ¿cómo un Dios de amor mata al diferente? A estos, de forma directa y nada engalanada, se refiere Cioran, quien establece una relación con Nerón, de manera tal que se lo relacionara con el alcalde, el gobernador, el gobernante actual en sí, pues la Historia se acepta o se rechaza en bloque; esta es la Historia del hombre y se la debe asumir con el pasado que supedita al presente, ante lo que Cioran se presenta un tanto irónico, posición que no impide que se criticase la Historia, que se sometiera a la duda de su severidad; hasta aquí el primer concepto, debido al cual Emile Cioran permite enfrentarse a lo que se ha establecido, a la mortificante repetición de un discurso manipulador y contagioso para el hombre.

Ahora bien, en correlación con esto y al asumir la postura de que no se puede optar más que por mantenerse escéptico y, por ello, alejado del engaño, precisamente de esto se trata cuando se ha mencionado antes que el lector, no el autor, establece la influencia moral de la

obra; se trata de que el lector, al asumir el pacto de lectura, lo tuviera presente, que el hombre debe permanecer en soledad, alejado del otro, del que permanece engañado; dicho de mejor forma, permanecer a un costado, lejos de la condición humana (el engaño); el hombre, en algún momento, llega a pensar, a preguntarse por esas voces en las que ha estado sustentando su existencia, lo que lo lleva a reflexionar en que, desde ya, resulta una ganancia asumirse de una forma cuestionable respecto a los valores en torno a los que gira su existencia; un hombre que, de repente, toma conciencia de haber visto pasar el tiempo ante sus ojos y hasta ahora puede reaccionar ante su vaciedad, vacío que ha sido un monólogo lingüístico, que se ha pasado por alto y que ha metido en la cabeza que todo lo que se piensa tiene que ser cierto; aquello de que si se piensa es porque puede existir, en caso concreto, Dios, como entidad metafísica que, pese a no ser demostrable materialmente, se concibe como verdad única.

A esto se refiere Fernando Savater, en el Prólogo que escribe al *Breviario de podredumbre* el 15 de julio de 1971, y advierte de antemano que este no es un libro cualquiera, no es como una golosina cultural; dice que, en su lugar, es una tormenta de lucidez que levanta, o hace volar, los pergaminos (escrituras) antiguos que sirven de cortina de humo a la podredumbre en la que vive el hombre; Sabater se refiere a un Cioran que no cede a la fascinación del lenguaje; así, aquí se debe volver a la crítica de esas voces fantasmales que persiguen y supeditan; se hace un poco de intertextualidad y se retoma a Nietzsche y parafrasea, el Dios que ha muerto no es netamente el Dios judeo-cristiano, sino, en vez de ello, los valores e instituciones ya creados y establecidos que engañosamente envuelven la conducta humana; a esto se refiere Cioran cuando dice voces y se puede seguir en la repetición; no hay problema en ello; al final de cuentas, parece ser que se está cómodo con ellas.

Cioran no encaja en la moralidad de algún tipo; importa lo que se impone como un dolor en las vísceras y que da el empujón para encontrar la cura, salir de la nebulosa; en este orden de ideas, va a volverse a traer a colación lo que plantea Cioran, en la interpretación que le da Savater: es la risa una posible cura para la náusea de lo establecido, la vida sin objeto; se refiere a la risa, según Samuel Becket, pero a partir de Savater:

De todas las risas que hablando propiamente no son tales, sino que más bien reemplazan al aullido, sólo tres a mi juicio merecen detenerse sobre ellas, a saber: la amarga, la de dientes a fuera y la sin alegría. Corresponden a —¿cómo decirlo?— a una excoiación progresiva del entendimiento y el paso de una a otra es el paso de lo menos a lo más, de lo inferior a lo superior, de lo exterior a lo interior, de lo grosero a lo sutil, de la materia a la forma. La risa amarga ríe de lo que no es bueno, es la risa ética. La risa de dientes afuera ríe de lo que no es verdadero, es la risa judicial. ¡Lo que no es bueno! ¡Lo que no es verdadero! ¡En fin! Pero la risa sin alegría es la risa no ética, por este gruñido —¡ja!—, así, es la risa de las risas, la risa pura, la risa que se ríe de la risa, homenaje estupefacto a la broma suprema, en resumen, la risa que se ríe —silencio, por favor— de lo desdichado.<sup>3</sup>

El humor aporta la ironía en lo que dice Cioran que salva al hombre del sermón de los ejercicios espirituales y, pues, asegura que la lucidez crítica no se volverá contra sí mismo;

---

<sup>3</sup> Fernando Savater. Prólogo, en E. M. Cioran. *Breviario de podredumbre*. Barcelona: Taurus, 2014.

se va a ver, los discursos ya establecidos parece que fueran en doble vía: se los utiliza para manipular al otro, pero irremediablemente se termina, también, condicionado a ello; el humor confirma la reversibilidad del discurso; esta vez, así el discurso con el que el hombre sin humor se ve enajenado, se regresa al opresor, porque la risa otorga la armadura que produce el efecto de espejo a la manipulación; hasta aquí un segundo concepto, con el que Cioran enseña a defenderse de los metarrelatos, que han acorralado y de los que, sí o sí, es preciso deshacerse; la ironía, la risa, el humor, sinónimos que, por cierto, otorgan la capacidad reflexiva al hombre para su emancipación de lo apolíneo.

Cioran, "*The king of pessimists*", el rey de los pesimistas; resulta curioso que Cioran fuese uno de los autores contemporáneos sobre los que poco se encuentra registro, pero que, por ejemplo, Ferrater Mora llama para definir el nihilismo, al relacionarlo como descomposición y, cabalmente, aquí se va a centrar el esfuerzo por definir un último concepto, que no solo se aborda en el *Breviario de podredumbre*, sino en otros textos de Cioran, incluso algunos de su juventud, y es el "suicidio"; el autor dirá que no está seguro de ser nihilista, sino, en vez de ello, un escéptico al que, de vez en cuando, tienta algo más que la duda y la muerte; se había ya referido a lo visceral de lo que duele, la existencia misma, por ejemplo.

Cioran plantea el suicidio tan poco literal, que atemoriza a los lectores incapaces de reflexión; el suicidio no es voluntad del hombre, no es un acto que surge de un momento de racionalidad; es, pues, un fenómeno por causas internas, viscerales, causas puras implícitas al hombre; de lo contrario, sería algo externo y no desequilibrante, orgánico, íntimo; si el hombre decide suicidarse por un desamor, por ejemplo, entonces convierte el deseo de no vivir en una afirmación de la vida; en este caso, el suicidio constituye un reclamo a la incapacidad de la vida para brindar lo que ha esperado o anhelaba, y no es un capricho, sino una tragedia interna; a lo mejor en este aspecto se ve marcada más claramente la influencia de Cioran, pues Emma, la protagonista de *Solum*, parece mantenerse en la conciencia de la infelicidad, del vacío o de la ausencia paulatina de los deseos de existir, en un suicidio simbólico cada vez que empuña el lápiz y escribe sus cartas desde la soledad en la que se ha mantenido.

El suicidio que plantea Cioran no es un dejar de existir, sino una necesidad de afirmar la existencia: volver al nihilismo del que no se debió salir; el hombre es un ser para la angustia y la muerte; así, sino es el suicidio el acto más sensato del hombre, no hay ninguna otra salida para lo establecido, para lo que manipula y utiliza al hombre a su voluntad; el suicidio, ya se lo dijo, según Cioran, consiste en afirmar el fin único de la existencia del hombre; de aquí que se terminase por decir que este tercer concepto provee el picante que se necesita, tras leer a Cioran y quizá el que más impacto genera en la condición natural del hombre, el referido a lo sagrado del vivir, pese a la vaciedad; la muerte de los metarrelatos, como lo señala la propia filosofía posmoderna, constituye el grito de fragmentación que abandera el nihilismo del hombre, roto y reflexivo; el hombre, que es nada y desea, a toda costa, volver a la nada.

Por tanto, la escritura puede ser una forma para que ese fraccionamiento interno saliera del lecho del ser humano y se transformase en vehículo para ese eterno retornar a la paz de la nada, lugar donde, a lo mejor, Emma Azul supuso que podía encontrar la paz o, a lo mejor, no iba a ser así.

“Vivo únicamente porque puedo morir cuando quiera.  
Sin la idea del suicidio, si no fuera por la posibilidad  
del suicidio, ya me habría matado.”

**Emil Cioran**

Otro aspecto a resaltar en la obra es el manejo frecuente de la polifonía, los diálogos entre dos y más personajes, además de un constante cambio de nombres de los destinatarios de las cartas, aunque se tratase del mismo.

Abordar el estudio de la polifonía en una perspectiva narrativa implica, en primer lugar, hacer referencia a Mijaíl Bajtín. Este teórico y crítico literario sentó las bases de una nueva manera de interpretar el discurso atendiendo a las propiedades dialógicas de la palabra, es decir, a la presencia simultánea de diversas autorías, lenguajes, puntos de vista, visiones del mundo y voces sociales e históricas en un mismo discurso e, incluso, en un mismo enunciado.<sup>4</sup>

Estose ha tratado de poner a jugar en *Solum*, donde los diálogos, las cartas y algunas otras partes o fragmentos de la novela se encuentran en constante intercambio dialéctico entre dos o más personajes que, por cierto, se han creado con características y formas determinadas de hablar, que los tornan particulares y diferentes entre sí, pero es aún más evidente cuando Emma, en un juego, a lo mejor, de clandestinidad, en sus cartas de amor a sus destinatarios, intenta cambiar el nombre con el que firma e intenta escribir de forma distinta, según quien aparentemente la escribe.

En adelante se desata un juego de nombres que evidencian aquello de la multiplicidad de voces y partícipes verbales, pero, además, atrapan al lector en un ir y venir de sensaciones, pero, aún más interesante quizá, de alguna manera se invita a una lectura crítica de los imaginarios sociales que se han establecido; este tipo de cartas, presente en *Solum*, constituye unas herramientas para expresarse con total libertad sobre temas que, a lo mejor para los lectores, serán comunes, pero no sencillos de abordar, tales como la sexualidad; recuérdese, a estas alturas, que *Solum* es una producción narrativa de ficción y, con ello, no quiere decir que no fuese verosímil; se está diciendo que este tipo de temas se refiere a cosas que se ven en el mundo real y que no se alejan de ser posiblemente una forma que se ha encontrado, como autora, para establecer una mirada crítica y reflexiva sobre esa realidad, que se halla en el mundo cotidiano y que, a lo mejor, brindará ese soporte al lector para que reflexionara, también, en torno a que, en Colombia, se cuenta actualmente con uno de los últimos gramáticos vivos que, además de ser uno de los escritores latinoamericanos reconocidos a nivel mundial, Fernando Vallejo, de quien, si se adelanta una lectura o recorrido de sus obras, más allá de patentizar una clara capacidad gramatical y estética, se ha caracterizado por ser un escritor, sin duda alguna, con la capacidad de efectuar una

---

<sup>4</sup> Luisa Puig. Polifonía lingüística y polifonía narrativa. *Acta poética* 25, No. 2 (sept.-nov. 2004). Disponible en: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-30822004000200014](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-30822004000200014)

reflexión muy crítica respecto a la realidad que atraviesa el país; *La virgen de los sicarios*, *El fuego secreto*, son dos de las obras del escritor que más carga social pueden encerrar en una escritura liberada de todo yugo, donde la homosexualidad y la violencia se explicitan en el texto, lo que obliga, como lectores, a llegar a ella libres de ataduras, al menos mentales, para ser capaces de viajar en cada línea conscientes de que, si se cae en algo que trastocarlas imposiciones morales, no habrá sido responsabilidad del autor, pues este tipo de novelas, que llevan de inmediato a reflexionar y a interrogarse, es el tipo de novela al que se apostó en *Solum*.

Trabajar y describir la ciudad constituye un experimento que, si bien no es nuevo en la literatura, no es sencillo de abordar; escritores como Efraim Medina y Rafael Chaparro lo han llevado a cabo en su obra, tal como se vea aquí:

Se llamaba Marciana y siempre quiso ser bailarina. Tenía los huesos bien puestos. Y también los ojos y los senos. Y las palabras. Las palabras de Marciana sabían a labial rojo, a cerveza, a música a todo volumen. Max conoció a Marciana en el bar Cosa Divina, en la avenida Blanco. En esa época Max era demasiado extraño. Tenía treinta años y tenía cara como de paloma gris. En verdad no conocía el mundo porque toda su vida la había pasado en la prisión haciendo rebotar una pelota de béisbol contra los muros para recordarle a Dios que Gary Gilmour no debía estar en el Infierno sino en una pradera de Zimbawe con su rebaño de cebras blancas y negras.<sup>5</sup>

La narrativa puesta a consideración, a partir de elementos básicos de la vida nocturna y el enamoramiento en la ciudad, los bares, la música, las bebidas alcohólicas, parecen ser, sin ánimo de formalizar un cliché, la constante de este tipo de novelas; es posible que esto se hubiera convertido en la media de las generaciones actuales de escritores, para que, con el paso del tiempo, lo que cabe en la literatura fuese aún más amplio, como ya se había mencionado antes.

Por último, cabe resaltar que, en *Solum*, existe un amplio nivel de erotismo, por así denominarlo, que no lleva a otra cosa que al afán de la autora para resaltar la belleza del ser humano en su esplendor, sin necesidad de rayar en el morbo y el amarillismo; el Marqués de Sade ha sido uno de los exponentes de una escritura erótica que, a lo largo del tiempo, desde cuando se dio a conocer, se ha juzgado de diversas formas; sin embargo, su fin primordial no fue otro que educar a una sociedad que, debido a la fatal venda en los ojos, se cerraba a este tipo de expresiones; este es un fragmento de Sade, incluido en el intento de entender respecto a lo que se está hablando:

Si por algo se recuerda al Marqués de Sade es por sus ideas sobre la sexualidad. A finales del siglo XVIII, introdujo un nuevo concepto de placer sexual que, en su época, fue entendido como una incitación al crimen y a la perversión.

La sociedad de la época fue criticada por el Marqués de Sade en sus obras, por su cinismo, ya que se inculcaba a las mujeres la idea de ser decentes y entender el sexo como algo malo y, a la vez, se admitía la existencia de la prostitución como una forma de permitir a los hombres satisfacer sus necesidades sexuales.

---

<sup>5</sup> Rafael Chaparro Madiedo. Café negro para las palomas, en *Opio en las nubes*. Disponible en: <https://sites.google.com/site/librosinmortales/titulos-en-esta-web/opio-en-las-nubes/capitulo-11-cafe-negro-para-las-palomas>

Para muchas personas de su tiempo, el Marqués de Sade era un loco, que escribía sobre el sexo de forma macabra; cuando comenzó a publicar sus escritos, se le consideró un escritor maldito y sus obras fueron ocultadas durante años.

Actualmente, cuando pensamos en Sade, le asociamos a la expresión “sadismo”, que es la tendencia sexual por que se obtiene placer mediante el dolor físico propio o de otra persona. Se asocia a Sade con todo lo perverso, pero Sade era mucho más.<sup>6</sup>

Estas ideas, de alguna forma, están presentes en la obra *Solum*. El manejo del lenguaje corporal hecho palabra, las formas de expresar los encuentros físicos, sexuales y, de algún modo, pasionales, se vincula con la manera como, en la actualidad, los poetas y los novelistas expresan lo que el mundo externo les presenta; así, pues, se va al encuentro del desarrollo de este ejercicio de escritura.

---

<sup>6</sup>El pensamiento del Marqués de Sade sobre la sexualidad. Disponible en:<https://lamenteesmaravillosa.com/pensamiento-del-marques-sade-la-sexualidad/>

## BIBLIOGRAFÍA

Bajtín, Mijaíl. La palabra en la novela. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/51964462/La-Palabra-en-La-Novela-Bajtin>

Bajtín, Mijaíl. Épica y novela. Disponible en: [https://es.scribd.com/document/38018022/Baj tin-Epica-y-Novela](https://es.scribd.com/document/38018022/Baj-tin-Epica-y-Novela)

Bajtín, Mijaíl. Rabelais y su mundo, en: *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Trad. Julio Forcat y César Conroy. Madrid: Alianza Editorial, 2003. Disponible en: [culturaspopulares.org/.../MijailLaculturapopularenlaEdadMediayelRenacimiento.doc](http://culturaspopulares.org/.../MijailLaculturapopularenlaEdadMediayelRenacimiento.doc)

Baudelaire, Charles. *Las flores del mal*. Disponible en: <http://biblioteca.org.ar/libros/133456.pdf>

Benedetti, Mario. *Inventario uno. Poesía completa 1950-1985*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985. Disponible en: <https://hectorucsar.files.wordpress.com/2012/12/inventario-i-poesc3-ada-completa-1950-1985.pdf>

Benedetti, Mario. *Inventario dos*. Buenos Aires: La Cueva, 1994. Disponible en: [http://www.nerudavive.cl/descargas/mario\\_benedetti/inventario\\_dos.pdf](http://www.nerudavive.cl/descargas/mario_benedetti/inventario_dos.pdf)

Bukowski, Charles, ¿Así que quieres ser escritor?, poema. Disponible en: <http://solobukowski.blogspot.com>

Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Barcelona: Printer, 1985.

Chaparro Madiedo, Rafael. Café negro para las palomas, en *Opio en las nubes*. Disponible en: <https://sites.google.com/site/...en-esta...en.../capitulo-11-cafe-negro-para-las-palomas>

Cioran, Emil. *Breviario de podredumbre*. Barcelona: Taurus, 2014.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Trad. José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta. 6ª ed. Valencia: Pre-Textos, 2004. Disponible en: <https://filologiaunlp.files.wordpress.com/2011/08/mil-mesetas.pdf>

El pensamiento del Marqués de Sade sobre la sexualidad. Disponible en: <https://lamenteesmaravillosa.com/pensamiento-del-marques-sade-la-sexualidad/>

Freire, Paulo. *La educación como práctica de la libertad*. Prólogo de Julio Barreiro. 3ª ed. Montevideo: Tierra Nueva, 1971.

Garrido, Antonio. *El texto narrativo*. Madrid: Síntesis, 1996.

Jiménez Portillo, Alex Dairo. *Al sur de la locura*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2013. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=89804>

Joyce, James. *Cartas de amor a Nora Barnacle*. Trad. Felipe Rúa Nova. Elaleph.com, 2000. Disponible en: <https://epdf.tips/cartas-de-amor-a-nora-barnacle97765d0ed18ce821641407b45e08a7...>

Kierkegaard, Søren. *Diario de un seductor*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/153822.pdf>

Medina Reyes, Efraim. *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo*. 5ª ed. Bogotá: Planeta, 2004.

Nietzsche, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*. Disponible en: [www.dominiopublico.es/.../Friedrich%20Wilhelm%20Nietzsche%20-%20Más%20allá...](http://www.dominiopublico.es/.../Friedrich%20Wilhelm%20Nietzsche%20-%20Más%20allá...)

Niño Arteaga, Yesid. *Fragmentos*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2011. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=86015>

Niño Arteaga, Yesid. *Rock perro de frontera*. Trabajo de Maestría. Universidad de Nariño, Pasto, 2014. Disponible en: <http://sired.udenar.edu.co/2426/1/90124.pdf>

Puig, Luisa. Polifonía lingüística y polifonía narrativa. *Acta poética* 25, No. 2 (sept.-nov. 2004). Disponible en: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-30822004000200014](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-30822004000200014)

Revelo López, Armando. *Podreunder*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2018.

Sade, Donatien Alphonse François, marqués de. *Cuentos para adultos*. Disponible en: <https://albalearning.com/audiolibros/sade/>

Savater, Fernando. Prólogo, en E. M. Cioran. *Breviario de podredumbre*. Barcelona: Taurus, 2014.

Vallejo, Fernando. *El fuego secreto*. Bogotá: Alfaguara, 2005.

**SOLUM**

## ANAMNESIS

Mi nombre es Emma Azul. Confieso que lo maté con mis propias manos; estaba sobre mí y, de repente, comenzó a cesar; cayó, tras llover sobre mi espalda, como con una mirada perdida y tras el júbilo, mientras pedía paz; habíamos compartido juntos casi tres años y un medio, pero habíamos dejado de amarnos o, al menos, estaba segura de que él, a mí, sí.

Entonces, lo dejé en el hotel descansando, mientras corrí a buscar la carta de Margarita y reclamarle que hubiera dejado de escribirme, pero no la encontré; regresé a casa y, con todo el odio de mi frustración, clavé un puñal en su pecho y lo dejé allí. Cancelé la reservación y me dirigí al lago más cercano, para tirar el puñal y lavar mis manos.

Así era como todo tenía que empezar:

—Aún lo recuerdo con sus ojos de loco, sentado como un gato en el patio trasero, mirando a la luna y, a grito cobarde, entonando un tango.

Entre otras tantas cosas que debieron pasar ese día, había puesto mi desconsuelo sobre la cama y había visto pasar casi el ochenta por ciento de mi día por la ventana; olor a ron y lápiz en mano, multipliqué así: veinticuatro horas del día es igual al cien por ciento del tiempo, esto contando a partir de las dos de la mañana, cuando había empezado a mirar el cielo blanco y raso de mi habitación, hasta las nueve y cuarto de la noche, ¡malditas diecinueve horas caminantes y absurdas!

Empecé a recordar cómo mi desaparecido padre se sentaba a aparearse con la luna cada noche y, en una sola carne, eran humo y patria, amor y sed, pero ¡vaya uno a imaginarlo!; antes, hubiera jurado yo que el único amor de mi viejo era mi madre y el amante infiel a los pies de la desdicha; ¿qué hubiera querido él, además de lo que mi madre le daba?, pero solo hasta hoy podía comprenderlo y eso al saber que jugaba por esos días a amar con el recuerdo lejano del hombre que me esperaba al otro lado de la ridiculez humana, mientras me preocupaba más soñar a la luna desnuda que tenerlo en mi cama y sin contar con que, a esas alturas de la vida, mi enfermo erotismo, agarrado del odio que albergo en mis entrañas, me llevaba a auto-nombrarme luna, mas no cualquiera, sino luna pálida, contando con que lo que creía conocer por palidez era el blanco y frío rostro de mi santísima madre, cada vez que el puño tibio del rudo macho se le estrellaba en ese ojo izquierdo, de los dos casi verdes, que tenía más manchas que el otro, el que temblaba cada vez que, silenciosa, me

acercaba en esperada que no descubriera mi embriaguez. ¡Vaya estupidez! De haber sabido que era eso y nada más lo que me iba a acompañar en estas frías noches, ni me hubiese preocupado por ocultarla.

Ahora, tenía la mano entumecida entre las cobijas, casi llegando hasta mis axilas, para simular el cálido tacto de mi amante inventado. Y estaba sola, lo que implicaba estar jodidamente loca y, claro, enferma. Me estaba acariciando sola y lo nombraba, mientras seguía añorando la luna y pensando en mi padre: ¿qué había pasado por la cabeza de mi padre para que se enamorara de la luna?

Entonces, como las otras cosas que había pensado y respecto a las que tampoco entendí el porqué, ni el cómo, aparecía mi macho a medias, con una foto de la luna y esas charlas a son de rumba española que me enamoraban más y más, y no de él sino de mí, por supuesto. Llegó como un vano recuerdo o, quizás, como un afán desesperado, de que mi amor por él no quedara al descubierto; le hice prometerme que no moriría antes que yo; que no sería tan egoísta como para dejarme en este miserable mundo sin él, pero, a lo mejor, ya eran mis palabras un vano intento.

Eso era todo lo que se me ocurría. Después de que me habían consumido como un vaso de absenta helada todas sus mentiras, era inútil ya advertirlo, yo tenía ya tan perdido el rumbo que solo veía y vivía por él y eso que aún no conseguía sexarme a su lado, ¿sexarme? Tendré que preguntarle si esa palabra existe, aunque, si existe felicidad con sus nueve letras, sexarme debe ser un sinónimo, así que pensé, entonces, cómo podría ser el momento y, de repente, me amaneció.

Era frío el despertar en esta ciudad y las cortinas negras de mi ventana no me dejaban saber si eran las siete o las diez y, la verdad, me daba igual; tuve que levantarme, porque no podía distraer más las ganas de ir al sanitario y mirarme el rostro en el espejo; por lo que me gustaba sentir autocompasión, vino a mi mente otro recuerdo (vino semiseco de moras, mi favorito) y empecé a llorar: “Si me entrega a la policía, se olvida de mí, se olvida de que tiene papá...”

Otra vez esto jodiéndome la vida: lo soñé en el dos mil trece y, de nuevo, en el dos mil catorce y nunca más desde que sucedió en el dos mil uno. Creo, tampoco es que tenga el calendario de mis desgracias o, bueno, al menos no de todas. Recordaba bien cuando lo mataron, sí, así, como si fuera un animal cualquiera.

Obvié decirlo, ¿cierto? Ya sabían que él no estaba, pero no que lo habían matado; pues, sí, ahora es evidente. Así era el país, así era la estúpida vida: siete de noviembre de dos mil tres; en algún lugar de ensueño, pero carcomido por los malos recuerdos, ¡qué calamidad! Ni siquiera donde había nacido.

Según el Cuerpo Técnico de Investigación, eran las diez de la noche; dos disparos: uno ahí donde solo a un estúpido se le ocurre disparar, en el hoyuelo de su barbado cachete; ¡carajo!, ¿a quién, ¡maldita sea!, le hubiera interesado arruinar tan linda sonrisa?; y el otro en la sien. ¿Pensaría acaso el verdugo que así y solo así olvidaría el cadáver lo que el vivo

sabía? Pues, no; lo que él sabía, se lo llevó con él. Allá, en el otro lado, ya lo sabe todo el mundo, hasta el putas y la mamá del santo mesías, si es que existió, y fue verdad que, también, lo mataron.

Como recuerdo, también, el agosto de hace un par de años, cuando despedí a mi única esposa, mujer de mi vida, a mi vieja madre en el patio del infierno; y el agosto de hace tres años, cuando conocí al amor de mi vida, al sol que me eclipsa, al hombre que me estremece, al príncipe que no lucha por mí (hasta ahora lo noto, la segunda mitad del año, bisiesto o no, me desgracia); eso era todo; por ahora, no tenía más penas para seguirme azotando y ya me agarraba la tarde de nuevo.

¿Qué maldito día era? Ya da igual, no tengo mucho que hacer o, a lo mejor, sí, seguir esperando, tirada en la cama, postrada, porque me auto-medico con tristeza y quince cigarrillos. Media hora después, Medellín, suena un teléfono en la alcoba siguiente:

—Buenos días, ¿a quién necesita?

—...

—No, ella salió. —¡Qué ironía!, preguntan por mí y no saben que yo misma me niego a responder.

Pasó mucho tiempo, antes de regresar aquí; la última vez, tenía cuatro o cinco años y yo ni siquiera conocía de sentimientos; de ser así, me hubiese enamorado, estoy segura. Y, de nuevo, el teléfono:

—Buen día, ¿qué se le ofrece?

—...

—Sí, con ella; acabo de llegar; no sabía que era usted; de lo contrario, hubiera alcanzado a responder su anterior llamada.

—¿Qué le parece si arrima hoy por la casa y charlamos?

—Claro, yo arrimo más tarde.

—¿Sabe llegar?

—De ninguna manera; es la primera vez que caigo en el paraíso así, pero, de todas formas, cuente con mi presencia. —Así que me dispuse: cuarenta minutos en el Metro y dos transbordos; allí era donde me esperaban, diez pisos subiendo al cielo, ¡santo cielo! ¿Qué sucede? Mi corazón, Dios, este latir no es normal en mí.

—Hola.

—¿Qué tal?, buena tarde.

—¿Quién es?

—Soy yo, ya llegué.

—¿Cómo creció tanto?, ¿en qué momento sucedió?

—Soy llena, eso creo. —Y empezó la tortura. La última vez que había visto a mi interlocutora fue cuando, escondida, la ayudé a pasar la frontera, para que le diera su último adiós a su hijo gemelo, cuando lo mataron, también, en las calles de la ciudad de las nubes, o algo así. Treinta y siete puñaladas. ¡Sevicia! Claro, ¡por la santísima luz de la luna!, es que ni siquiera un toro muere de esa manera (¿vieron cómo la guerra me persigue?, y quieren que no sea un desastre).

—¡Aló!, ¡hola!... Sí, estamos en casa, te esperamos. Está llegando, dice que ya quiere verte. —¡Mierda, la puerta; es él, sí es él! Me lanzo a sus brazos y, con rechazo, retrocede; está lleno de sudor y, por eso, se aleja; tarda un poco en regresar, pero lo hace y, entonces, me abraza; exclama, también, que he crecido en muy poco tiempo, ante lo que solo puedo responder con ese estúpido llanto desgarrador.

¡Vaya! sí que fue larga la espera y ni media palabra. Solo nos mirábamos. No sé porqué, pero, al fin, después de tantos años, sentía algo similar al calor de la mirada de mi padre que se fijaba en mis pupilas, pero nos interrumpió el teléfono; era mi madre, no sé bien sobre qué, pero entablaron una conversación; inmediatamente contesté y él arrebató mi celular. Lo evidente era que él lloraba y eso era o que apenas ya me alertaba del enternecedor diálogo que está teniendo con mi madre. Volví en mí. Se me hizo tarde, ya recordé lo que debía hacer. Hoy era el día en el que, luego de una larga espera, Blanco volvía de su viaje; era el día final de los cincuenta y tres que le prometí pasar en el piano y tocar para su ausencia y yo, sin reproches, había perdido gran parte de mi tiempo en recordar la escena anterior, en lugar de ir en su búsqueda. Mordí mi mano derecha, llena de rabia, para reafirmar que seguía con vida y, en el nombre de aquél por el que moría, en mi muñeca danzaba una plaquita con su nombre; levanté la cabeza y sonreí con la mirada perdida.

Fui en su búsqueda, ansiosa, claro, con los nervios acelerando mi pulso; menos mal que, en este entonces, aún era yo consciente de que no solo de amor vivía el hombre, como me lo había dicho mi padre y, sin embargo, me había lanzado como un venado que solo mira a los lados y no tiene un punto centro, corría, como una loca, para atraparlo y tenerlo entre mis brazos, conmigo, aunque sabía muy bien que sus deseos más primarios eran demasiado ajenos a los míos. De repente, si corría yo con suerte, Blanco se iba a acordar de mí y de los besos que, en medio de tantas borracheras, nos habíamos dado; sé que puede sonar estúpido al venir de mi boca, pero empecé a rezar tímida, pero con fe:

—Padre Dios, yo sé que me escuchas; haz que me recuerde, haz que sus sentimientos hacia mi sigan vivos,—pero no tuve tiempo de más; él se encontraba ya frente a mí; tan solo por reflejo lo abracé y supe que, justo eso que sentía en ese momento, era lo que no había podido planear antes para mi vida. Es más, ni siquiera, si hubiese alcanzado a terminar mi oración, hubiera podido pedir con tanta precisión para que el momento fuera perfecto, como lo estaba siendo. Y nos perdimos en la bruma del aeropuerto; cogimos carretera y, en lugar de buscar un lugar para pasar la noche, como lo hubiera hecho cualquier par de

enamorados, éramos un par de estúpidos muertos de risa, en busca de algún lugar para tomar un trago y beber cualquier cantidad de alcohol que nos sacara de este estado de no reconocernos luego de tanto tiempo.

Sin noción, haciendo un esfuerzo abrumador por recordar cómo habíamos llegado hasta ahí, llevé otra copa a mi boca y, después, la misma hasta la suya y pedimos tres botellas más; como si no hubiera mañana, decía Martín hacía un par de noches; este, con nombrecito de animal salvaje, era un macho en todo el sentido de la palabra; era tan macho que tenía la fea costumbre de todos los varones en estos tiempos, y no lo repetiré, porque, si lo menciono, me sangra la herida; no obstante, era un joven bastante gentil o, al menos, conmigo sí; bebíamos dos o tres veces por semana él y yo, tanto así que mi cama olía más a él que a mi futuro compañero de vejez y, de tanto traerlo a colación, quise llamarlo:

—León, compañero de mi infortunio, —dije, mientras intentaba marcarle al móvil y, como quien no quiere la cosa, amaneció y yo, sentada en un parquecito, con Blanco, mi amor, y un agraciado sujeto que se hacía llamar Quijote, a mi parecer con un descaro y atrevimiento rotundo; ahora que lo pienso, Cervantes debió odiarlo cada vez que musitaba Quijote, para subir su ego; además, había por ahí cerca otro grupo de personas próximas a Blanco; yo presentía que nada bueno iba a venir; después, no me daban buena espina; una botella más: ¿no es posible un poco de felicidad para este pobre ser desahuciado? Una botella más de licor era todo lo que pedía, pero fue algo distinto lo que recibí, no sé muy bien por qué ni cómo, pero me besó; sí que extrañaba sus besos, me devolvió la vida en cada dulce ósculo, pero estaba yo tan perdida, que sentí un ardor en el pecho y desperté en casa; bueno, en casa de mi madre, si es que a esto se le puede llamar así, sudorosa, producto de los casi cuarenta grados de sensación térmica, y yo tan de clima frío.

—¿Estaba usted en el infierno?

—Sí, por supuesto.

—¿Y es que el infierno existe?

Me dispuse y abrí el diccionario para aclarar lo que era la supuesta raza esa, a la que yo quería, a partir de ahora, renunciar, pero como imbécil, también, nunca firmé un contrato, ¿o sí?; no sé, pero renuncio; no voy a entrar en el jueguito ese de decir si soy o no soy y que soy, si tengo entre las piernas lo que él o lo que tiene ella; tengo lo mío y punto y ¿saben qué?, me olvidé lo que estaba recordando justo antes de esto; ¡ah, sí!, de que mi madre debe estar por matarme —con lo que me puede importar—, pero la llamé; recuerdo tanto su voz, su aroma y me mandó a la mierda; dijo que estaba a punto de llamar a las autoridades, para que me buscaran; para lo que cuesta encontrarme: si no estoy aquí, tirada en mi cama revolcándome como larva, estoy allá afuera en la esquina fumando o allá en la orilla del Río Blanco, seguía que baja por la cornisa de mis nostalgias, allá voy a tomarme unos tragos y, si bien sé llegar, porque es donde más me gusta estar, no sé nombrar con exactitud los lugares.

—Deja de hablar sola, de verdad, que me estoy empezando a asustar.

Me duele la cabeza, ¡qué malestar!; caí dormida como una piedra; ya era lunes al amanecer, Bogotá, Distrito Capital.

—No sea toche, levántese, ya está el desayuno. —Por la Virgen, ¿qué es esa horrorosa voz que perturba mi sueño? Llegué aquí, buscando soñar, y vean a Gloria, gritando que me levante; ahí entendí que eso era “la gloria”, una cosa no muy divertida, con cara de sacrificio y que te golpea en la cara, mientras te dice que hasta aquí no llegaste gratis; esto es gloria y te escupe en la cara, para que salgas a trabajar y, antes de que cierres la puerta, te dice:

—Vaya pregunta más absurda esa; acaso no conoce el Valle del Cauca; ¡santo cielo, tendría que estar allí para sentirse muerto y hasta condenado y, si con lo que le digo no he logrado responder a su inquietud, mire usted aquella mujer tirada a mi costado, en esta cama, nota su deseo de misericordia marcado con lágrimas! Pues, bien, juro que era la muerte la que la había traído hasta el Valle y véala, ahí está echando saltos de costado, salvando su sentadero de este fuego de la bestia, y ¿qué si el infierno existe? Pues, claro, señora, ¿no me ve acaso hablando sola? Es más, ¿no sé por qué me esmero, si estoy discutiendo con usted, que no es más que un invento del diablo para mandarme recaditos? ¡Ay, mi Candelaria, mire cómo he perdido el tiempo con usted; hasta juré que era real y vea como terminó por enloquecerme y durmiendo en sus aceras!; más bien, quédese callada, que eso sí que sabe hacerlo bien.

—Amor, amor, ¿estás enloqueciendo? Deja de alucinar, me estás asustando. —¡Qué iba a poder yo controlar lo que decía con esa borrachera!; si acaso y me acuerdo a la hora que salí de mi casa y ahora ni casa ni consuelo; solo sé que del infierno del que hablo despedí a mi madre; por cierto, tres días sin saber de ella, debe estar casi para matarme, con justa razón; usaré yo, para justificarme, aquello que de humanos es el errar; yo que ni siquiera sé si soy o no de eso que la gente llama la raza humana.



**Figura 1.** Abrazando la oscuridad

*Según de la raza humana*

—Si no quiere trabajar, ¡consígase un marido, para que la mantenga! —¡Qué tal!, como si quisiera quedarme como mi madre, con todo lo santo y lo que amo a mi padre, pero era feo verla como una dalia moradita, moradita; no, yo no, pero me levanté para servirle el desayuno a Pierre Blanco y ya no estaba, se había ido, se fue y, como si fuera poco, me dejó una carta, con su letra de santidad, diciendo que, a lo mejor, no volverá de este viaje; que se había ido a la capital; iba en busca de gloria; a él, le gustaba que le escupieran la cara, supongo, porque no veía yo otro motivo para que quisiera irse sin mí; eso pensaba yo, más vaya uno a saber. De todos modos, releí la carta, que decía:

Querida Luna:

Me encuentro sentado al pie de tu cama, desnudo aún, luego de haberte hecho mía, como acto de fe, hace cuarenta y cinco minutos; no me atreví a decirte que tenía que volver a partir, después de estas tres noches, pero te lo dije alguna vez: siempre iré en busca de tu amor; sin importar el lugar donde me encuentre, recuerda que, sobre esta

gran pasión, lo que nos une es una infinita relación amical, que no cesará ni con el pasar de diez mil calendarios; te he visto dormir durante cincuenta minutos y he notado tu noble inocencia y más que nunca quiero decirte que te amo; iré de nuevo a la capital, tengo que volver al trabajo y sabes que lo hago en nombre de los dos; cuando regrese, traeré conmigo lo necesario para construir nuestra casita azul, y traeré conmigo también flores amarillitas, como las que tanto te gustan; no juzgues mi huida, sabes que seré siempre tuyo...

Pierre

## CINCUENTA Y TRES DIAS EN EL PIANO

Blanco había aprendido a interpretar en el piano algunas partituras de Bach; se las había enseñado su abuelo, cuando apenas tenía siete años; entonces, cuando lo conocí, era de por sí una figura de ensueño, un apuesto joven de estatura promedio, ojos enormes, nariz chata, como una esquirla de algodón entre esos enormes ojos, que se habían fijado en los míos desde el momento mismo en que lo vi pasar; era yo una muchacha pura de cualquier deseo; había tenido un par de malos pasos en el amor, amantes ambos de las buenas sambas, los tangos, Cambalache y la oscura melancolía; coincidimos un par de años atrás y ahí lo descubrí en el piano; la primera vez que lo escuché, Blanco interpreto *Air "on the G string"*, melodía con la que no solo arrebató mis audífonos y el aturridor ritmo de baterías que llevaba conmigo, sino, también, avanzada la noche, todas mis pasiones; entonces, no podía titular yo su ausencia de otra manera: él se había ido y había quedado yo a puertas de la locura, fiando, en la esquinita del puerto de Alicante, botellas de vodka y cigarrillos, guarnición para estar inconsciente los días que él prometió que tardaría para volver; me dijo, al irse, que un día antes de ajustar cincuenta y cuatro volvería por mí y así empezó la espera, mientras oía una canción de José Alfredo Jiménez:

Tomate esta botella conmigo  
Y, en el último trago, me besas.  
Esperemos que no haya testigos,  
Por si acaso te diera vergüenza...

## **53 DÍAS EN EL PIANO...**

### **Día 53**

Y ahí estaba yo, de nuevo,  
Sosteniendo el cuchillo sobre mi frente,  
Lo hacía bailar  
Consciente de que nada pasaría,  
Pero con la esperanza de que vos volvieras a pasar.

## **Día 51**

### **MISERABLE REFLEJO**

Pues me paso las noches en el blanco del insomnio  
Y detesto que salga el sol,  
Aunque me contradigo:  
Si no hay sol, ¿para qué tus ojos?  
¿No ves que son mi astro mayor?

Pues me siento inclinada  
Y espero que todo se me otorgue  
Fácil como un suspiro y que no duela como un estornudo,  
Ya que no tengo justificación para mi siempre sedienta alma y hambriento vientre,  
Ni mucho menos para mi ansiedad  
Y mis diez cigarrillos, siempre en mi bolsillo izquierdo.

Pues entiendo fácil lo que se habla del amor,  
Pero no lo que ahora escribo,  
Ya que te amo, a lo mejor como se ama la vida, si estás a punto de morir  
Y, además, a lo mejor no he debido decirte tanto,  
Pero, cómo no, pues eres todo lo que poseo  
Cuando no me queda ya un solo centavo.

## Día 50

Y aunque, pensándolo bien,  
¿De qué sirve que te ame, luna,  
Si no puedo tenerte?  
Mi pálida exaltación, al amarte esta noche,  
No se compara ni en décimas a tu excitante roja pasión,  
Pero hace noches que te robaron, cráter,  
Y se lo dejaron en prenda a mi sol.  
Así que estamos a mano, luna,  
Roja, pálida o amarilla,  
No podré tenerte, pero en su nombre he de amarte  
Hasta que vuelvas a pasar por mi ventana  
Y, en prenda de tu cráter,  
Me traigas a mi sol.

## **Día 45**

Esta mañana, de excitante tango,  
Recordé porqué te gritaba mío,  
Porqué te ofrecí mis versos,  
Porqué te besé en cada regreso,  
Porqué la culpa siempre fue tuya y lo sigue siendo.  
Mira, han pasado cuarenta y cuatro noches y cuarenta y cinco días  
Y aún sigo sentada esperando que te dignes regresar.  
Estos tangos te abrigan los brazos  
Para que no sientas frío;  
Si, por fin, vuelves, aunque no reprocho si no lo haces,  
Es más, si fuera tú, no lo hiciera,  
No regresaría a este infierno, ya que eres tan feliz en ese cielo.

## **Día 42**

### **NADA PERSONAL**

Así de simple es nuestra relación,  
Yo no hablo de usted; es más, ni siquiera  
La advierto al reojo cuando se manifiesta  
Hermosa o asquerosamente fea,  
No me interesa si irrumpe cerca fuerte o lejos suave,  
No me interesa, nuestra relación terminó,  
No me veo agradándole; con tanto hastío mío, no me veo,  
No pretendo convencerla de que no me reconquiste,  
No pretendo que me deje libre, pero sí déjeme en paz,  
Deje de mandarme recaditos pendejos  
Que pretende que, al ver cómo se planta sobre mis cercanos,  
Yo me humille ante usted.  
Repito, no me veo y, como no me veo, le doy la espalda  
Y espero entienda que no la amo y que si usted,  
Muerte, quiere volver por mí,  
Asegúrese que sea tarde y hágalo por usted,  
Deje en paz a los demás,  
Esto es algo de cada quien, suyo y mío,  
Y no me veo.

### **Día 39**

Regresar,  
Ojalá hubiera sido verdad que no moría por hacerlo,  
Hacía veinticuatro catástrofes desde que volví a casa  
Mientras se blanquecían las calles verdes por las luces de los ingenuos,  
Había huido para esta fecha, cuando nada me llevaba a volver  
Y, sin saber cómo ni porqué, estaba de regreso  
Y apenas un par de disparates me pasaban por la cabeza,  
Solo necesitaba un cigarro y un auto rojo que me llevara en su parabrisas  
Al lugar del para siempre.  
Así se llama, ¿verdad?  
Mientras todos los seres se quemaban sus dactilos  
Prendiendo fuego a toneladas de cera,  
Dos amantes solos, separados por kilómetros  
Infames, sentados frente a frente sin poderse tocar,  
Masturban el recuerdo.

## Día 36

Llevo días levantándome sin querer hacerlo  
Y noches añorando el insomnio perfecto,  
El que alcanzaba solo entre sus letras  
Y, en ese momento en que intento conciliar con los duendes del sueño,  
Comienzo a imaginar  
Si a ella le bordas líneas de sangre sobre su espalda,  
Si a ella la muerdes con el afán de marcar un croquis y no perderte en tu regreso  
O si a ella, como a mí, le has brindado la certeza de querer atardecer como árbol en otoño  
Y, luego, solo morir como amantes prófugos.  
Llevo días sentada mirando hacia atrás  
Preguntándome: ¿cuál fue el error?  
¿Cuál fue el duende? Y ¿de qué bosque salió?  
Me pregunto dónde se quedó su armadura,  
Dónde dejó mis besos y su fuerza;  
Llevo días con este puñal en la frente,  
Pido que aparezca y me facilite el deceso,  
Le prometí morir con o para usted,  
Así que cumpliré, ¡no sea cobarde!,  
Si usted me enamoró, no fue por ser igual que todos,  
Le faltó cielo al universo para igualar su mirada  
Y, aunque sé que es en vano,  
Seguiré amándolo esta noche, ya que, al parecer, aun no moriré.

### Día 34

Viajé en ti,  
No podría esperar más,  
Al menos no ahora cuando todo se pinta perfecto.  
Las únicas flores que amé en mi vida fueron las del mal,  
Las que aun este mundo le debe a Baudelaire,  
Esos malditos ramajes que me levantaban a espinas el vuelo  
Y, luego de ellas, tus rosales, frescos en cada puesta de sol,  
Las veinticinco rositas para cautivar mi alma,  
Las flores de Baudelaire me pregunto aún si serán buganvillas o tulipanes  
O, a lo mejor, también rosas,  
Aunque ya a estas alturas es lo de menos,  
No me importan los jardines ajenos,  
Has sembrado tú el mío y no has vuelto a regalarme rositas,  
Ahora maldigo más mi inconformismo que el de Baudelaire,  
Ir al futuro a esta hora de la noche y dejarte el primer poema bajo la almohada  
Después de regar el jardín como lo pediste  
No es más que mi fe que muere con mi espera  
De que fueras lo último que acaricie, si llego a envejecer.

## **Día 31**

Hoy que, para tu libertad, ya no son útiles mis alas,  
Hoy que desperté sin aliento para tus pulmones,  
Hoy que, para tu deseo, ya no es necesaria mi torpe pasión  
Y que, para tu sexo, ya no es útil mi inmaculado tacto,  
Comprendo que fui a tu antojo el mar y la tierra,  
Fuiste a mi voluntad el verso y la vida,  
Fuimos víctimas del encanto que nos hizo olvidar  
Que no se ama lo perfecto.  
Hoy que, para nosotros, en este mundo ya no hay cabida,  
Hoy que ya nunca te tendré en mi lecho,  
Hoy que, de nuevo, tendré que esperar,  
Se marcha contigo mi pobre esperanza,  
Se marcha contigo mi amante verdad,  
Te vas con la sombra de la mujer que solo fui contigo,  
Te vas a la sombra del hombre que jamás serás.

## Día 28

De repente, se me hizo de noche y, una vez más, estaba el frío casi insoportable,  
Te recordaba ahí en la acera, en la cocina, caminando por el desván, en el lado de la cama  
Que se esperanzó con tu presencia de volver a tener un dueño.  
Qué maldito es el poeta condenado a la soledad de sus noches  
Que escribe entre lágrimas unas líneas sin fuerzas para su amante niño.  
Ya qué importa si pudiera yo guardarte entre recuerdos o fervores,  
Si, cuando vuelva a amanecer, ya no estás.  
Ahora, que lo pienso mejor,  
¿Cómo sabrá Buenos Aires al desnudo y con tu soledad entre mis piernas?  
No pretendo que regreses para descubrirlo,  
Así de fácil me siento,  
Iré en busca de un amante que me ayudase a descubrirlo  
Y, entonces, al final tendré que volver a amanecer  
Y en sesenta y ocho días te veré volver,  
Claro que estaré esperándote; recuerda, ese fue el pacto,  
Siempre seré tuya, mi trozo de cielo, mi rabo de nube,  
Una vez más, pálida luna.

## Día 25

No hay tiempo...  
¿Para qué el tiempo? ¿Acaso sientes que podíamos querernos siempre,  
Acaso no te basta con esta luna ya desnuda  
Y el amanecer que felizmente vivimos ayer?

No hay tiempo...  
Sin embargo, ¿es todo lo que puedes decir?  
No quiero que llores,  
No lo he hecho con esa intención;  
Ya no, mal que bien, ya tengo bastante con haberte enamorado,  
Eso no me lo propuse nunca  
Y, aun así, aquí estoy amándote también,  
Pero ¿tiempo? No, eso no te lo puedo permitir  
Y, aun así, no entiendes que decir siempre  
Sería quitarte la vida y sería para mí un gasto estúpido,  
Tendría que comprar un reloj, fino, claro,  
No voy a medir mi escaso tiempo en cualquier baratija  
Y, aun así, no hay tiempo...

¿Para qué tiempo?, ¡santo Dios!,  
No me pidas tiempo,  
Siéntate a que te admire sin límites,  
Entiende de una buena vez que así  
Te amo...

**Día 23**

**CLASIFICACIÓN DE ANUNCIOS DESESPERADOS**

Se busca amante:

Mal intencionado y descomplicado, que fume como maniático en prisión,

Que sea ambicioso, que no le tema a un beso bajo el sol o bajo el agua,

Que no se detenga a pensar si tiene que irse,

Un amante que disfrute del vodka, el mezcal y el vino tinto,

Se busca amante capaz de amar sin necesidad de detener.

**NOTA IMPORTANTE:**

Los honorarios se depositan en pequeñas cantidades de felicidad y desespero,

Angustia, besos de desayuno y versos de buenas noches:

Interesados, hacer caso omiso a este anuncio.

Quien solicita este servicio

Solo lo hace para formalizar la situación

Como su amado amante se lo había sugerido.

**Día 22**

**CARTA A OJOS CERRADOS**

Buen día, mundo, mi mundo, ¡qué bonito despertar y que todo siga girando al compás de su presencia, que aún no se acaba de esfumar!; que todo siga yendo al compás de sus paralelas despiadadas, que lo llevan a su voluntad; la anestesia en mis labios comienza a neutralizarme y yo, poco a poco, recupero los nervios, la tristeza, la sed, esa resaca salada que me lleva a recordarlo, ahí en mi cuarto, sobre mi cama, entre mis libros y con esas ganas incalculables de saltar sobre mi e introducir sus ganas, sus sueños y su humanidad en mis huesos, en mis venas, en mis músculos, en mi humana humedad.

Aquí estaba junto a mí, con su entrepierna tibia y atenta a mis movimientos, como si no quisiera que lo soltara, pero esta mañana, sola ya entre mis sábanas, recordé aquel baile al que asistimos, enardecidos como las nubes, donde esa base casi económica era la pista y él, vestido de azul príncipe, y yo, de negro endocellada, y ni hablar de ese amanecer al pie del santo cura del viejo pueblo, entullido, de pocos rosales, y nuestros besos gritados a los árboles y a la luna, esa luna que blanqueaba mi mano, con la que sujeté la humareda mortal, mientras con la otra empuñaba su tacto, ardiente y febril, ferviente y provocante, ¡ay, memoria de muerte emputecida!, ¡ay, memoria que apenas me permite abrir los ojos!, esa que me sume en su espera al escuchar este candombe de plata y oro, su corazón, su corazón, su corazón...

Ya a la mierda Ledesma, me quedo con Gustavo Adolfo Bécquer y le digo adiós...



**Figura 2.** Lila al anochecer.

## **Día 18, al amanecer**

Amor (...)

Suspiro

Pierre:

Tenga usted un afectuoso saludo de anochecer, en este el día 18 de su partida; han pasado tantas cosas desde el sábado aquel, que empiezo a prolongar la espera por la muerte; tengo miedo de morir antes de verlo regresar y, aunque es usted un hombre ajeno, sin dueña, no pienso privarme de la necesidad de gritarle a lo lejos todo lo que he planeado para el momento en que lo vuelva a ver; la agonía de mis insomnios lleva a que lo extrañe cada vez un poco menos, y no porque empiece a olvidarlo, sino porque aprendo poco a poco a respirar sin recibir el humo del cigarrillo de sus cálidos labios; el carmesí o color cereza de sus labios está impreso en cada letra que brota de mi pluma, por eso he optado por escribir en ese aparato electrónico, pues no acabo una sola carta sin que antes terminara besando la hoja y haciéndola pedazos; lo he soñado mucho, tanto que mis almohadas hacen las veces de su espalda y en ellas amanezco como aquel sexto amanecer de junio; sigo tal como me dejó, con las mismas vestiduras a medio rasgar, como Verónica, esa su mujer ideal, y hasta sigo fumando con la mano izquierda, para no ocupar la derecha, por si se ofrece saludar a algún respetable doctor, que me reconociera de alguna de las instantáneas a su lado; de hecho, la Vargas y Neruda me saludan a diario en su nombre y, con ellos, le he mandado mil recados que no sé si se atrevieron a entregarle, pero, en fin, sepa, mi respetable señor Pierre que, a lo mejor, aún no me canso de esperar y que, en algún momento, esta carta a sus manos llegará, así que, para no robarle demasiado el sueño o, quizá, para que no le dé más sueño, dejaré sentada mi sed de hacerle saber cómo lo extraño, para despedirme gritándole a las estrellas de esta noche 24, del mes de los padres, como el mío que tanto me falta, cuánto, amor mío, cuánto lo quiero...

Luna

## **Día 17**

Y, al hablar de salidas, me pregunto si allá  
Afuera es de día o de noche.  
Imagínate, ya no sé si te he soñado  
O te he inventado, como muchas otras veces.

## **Amanecer Día 16**

A ocho días de terminar el mes,  
Se me acabaron las ganas  
Y hasta las miradas absortas que buscan la salida.

## **Amanecer Día 15**

Estoy sentada frente al espejo  
Preguntándome:  
¿Qué vas a pensar, si me ves así?

## **Amanecer Día 14**

Te necesito,  
Necesito más vida  
Para esta vida triste y vacía.

## **Día 13**

¡Qué lento es el puñal del tiempo;  
Además, lo trae oxidado,  
Arde, pudre  
Tocar las fibras!  
Ya no es una canción, como decías:  
Es una tortura.

## **Día 12**

¡Qué lento pasa el tiempo!...  
Me duele extrañarte así,  
Me dueles tanto que mis palabras  
Aún lloran tu adiós.

## **Día 11**

¡Qué hermoso despertar  
Y saber que aún cuidas de mis sueños  
Y, mejor aún, que también me sueñas!

Hoy acaba la tortura,  
Hoy voy de viaje y pronto regreso  
A seguir esperándote.

## **Amanecer Día 10**

Como dice nuestra Chavela, amor:  
¡Dios, dame fuerzas  
Que estoy muriendo  
Por ir en su busca!  
(Paloma negra, en mis audífonos).

## **Amanecer Día 9**

Ya ni los días de fiesta  
Me saben a paz.  
(...)  
Ya tomaste por tu cuenta la parranda.

## **Día 8**

Volver a esta ciudad y darme cuenta  
Que no existe palabra si no puedo  
Tenerte bajo las nubes verdes.

## **Amanecer Día 7**

Tengo que huir,  
Me sobran las razones para iniciar el camino  
Y no mirar atrás,  
Pero algo me detiene.  
Me digo:  
¿Qué tal si no tarda en regresar?

## **Amanecer Día 6**

Viernes..., hubiera dado la sonrisa  
De cada parranda  
Por verte llegar.  
Nada me sabe igual  
Te... extraño demasiado.

## **Amanecer en ti el Día 5**

Aún sonrío,  
La felicidad que me das  
Si gritas mi nombre y me llamas pálida,  
Me hace sentir que aún todo  
Puede tener sentido...  
¡Te quiero, cielo!

## **Amanecer Día 4**

Tardé un poco en entender  
Que esto iba a suceder  
Y, aunque todo suene bastante complejo,  
Me levanté esperanzada en volver a verte.  
La luna me lo dijo  
Y ella siempre cumple sus promesas.  
... Eso espero.

### **Día 3**

El habitual insomnio  
Y unas ganas inconsolables de verte  
Se apoderan de mi mente.  
Al final de cada fin de semana,  
Han hecho en mí de las tuyas,  
Hasta he madrugado para tener noticias  
De tu nueva vida.  
Buena suerte, mi bien.

## **Amanecer sin ti el Día 2**

He cubierto con negro plástico  
Toda la ventana,  
No quiero recibir  
Ninguna señal  
De que la vida sigue sin ti.

## **Amanecer sin ti el Día 1**

No sé qué duele más:  
Saber que te fuiste  
O...  
Saber que un día  
Todo habrá pasado.

## DES-AFINIDAD

Pierre cumplió con su promesa y decidió regresar; tardó lo que había prometido y le había escrito un par de buenos versos en su ausencia; me refugié en el sombrío recuerdo de mi madre, mujer que vivía en el Valle, sobre la que había tenido bastante referencia solo cuando, delirando, me acordaba que se había ido y cuando recordaba que mi ausente padre le hacía una que otra muestra de afecto de manera animal, mas no volveré a ello; era ella una mujer de trayectoria, trabajadora y dedicada, que, ahora justamente, tenía puesta toda su esperanza en mí y no sabía que me encontraba en una crisis tal, que me había dedicado a los placeres mundanos de medio tiempo y que tan solo el otro medio lo dedicaba a lo que debía; ella no sabía de mi historia con Blanco, ni de lo que estaba a punto de pasar; lo que venía, sin duda, sería aún peor para su conservador espíritu.

Recuerdo del 2012

Al regresar de Bogotá, había perdido varios días del paso de los otoños en el rostro de mi Lucecita y traía conmigo el vacío de a decepción que me dio la gloria y el aroma del consuelo que, por cierto, era mi nodriza y consejera desde la niñez; encontré a mi madre en el hospital con un horrible temor de morir y un desgarrador llanto, por tenerme que recibir de esta manera; volvimos a casa esa misma tarde y, en el pasar de los minutos, caí profunda a los pies de su cama y recordé cuando había tenido que ver correr la sangre del cuerpo de un hombre de prominente barba, tras el frío golpe de las balas en su cuello; decían que lo habían mandado a matar los grupos subversivos, que habían acabado con una docena de personas conocidas por esos días en la ciudad. Jesús, esta vez, se salvó y entre llanto y mares de sangre me decía que no me acerque, que me esconda y que no diga nada de lo que vi; una vez más, ya con veintiún años, en un sueño profundo regresé a los ocho, me desperté del susto, pero mi Lucecita seguía ahí, podía sentirla respirar; entonces, como si se tratara de una princesa, sin despertarla le puse en las orejas el par de pendientes que le traje de la capital y le pinté los labios de color marrón, le tome la mano y, como si fuera una oración a la Más Alta Majestad, le dije:

—No tengo presente, sigo amarrada en el pasado, en el millón de mis faltas cometidas cuando aún era rescatable, cuando aún era eso que odio ser; no tengo presente, porque usted, señora mía, no ha querido avanzar, no ha querido dejar de lado ese ayer que tanto odié, y es que ese es el problema, que odio el ayer como odio el hoy y mañana; bueno, la mañana es una mierda; odio, también, tener que levantarme; soy una luna pálidamente acilantrada; aún tengo en mis manos el olor de los 200 de cilantro que me enviaste a comprar cuando tenía la juventud en mi espejo y aún entraba en los atrevidos pantalones anticuados que venden en los almacenes de cadena; sigo atrapada entre la mascota que nunca me regalaste y el amor que, aunque pasen los años, te sigo guardando; estoy atrapada en las madrugadas sin calor y con

miedo de que pasamos por las aceras de la muerte en la 12A, calle de mi niñez, donde manejé la motocicleta queso Unión Valle 73, la que alimentó mi pasión y el hueco donde enterrábamos los ratones, que eran los compañeros de la amargura frita, con las empanadas que mi madre preparaba para que mi padre vendiera; estoy atrapada en los finos cortes del cilantro fresco que extraño en mis sopas; sigo ahí, entre los gritos de angustia de los vecinos al vernos y los cantos con acento paisa y olor a guaro que pregonaba la venta de rubio; sigo amarrada a los pies del pasado, que se rehúsa a avanzar, y los 200 de cilantro que aún le debemos a la señora de la tienda esquinera de la casa que desocupamos hace tiempo; sigo allá, en los sueños de mi madre y mi hermana enamorada; sigo entre lo que planeé ser y lo que soy; estoy entre la canción que, con rabia, coreaba mi madre y una ranchera a grito herido; estoy en la mojada acera, donde rayé mis rodillas con mi primera bicicleta, y los 200 de cilantro en el guisado de pollo caliente sobre la mesa; sigo aquí, odiando cada día, amando los pequeños momentos a tu lado, señora mía; los besos escasos y la poca fe que le queda en mí; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y mis sueños de estar en Buenos Aires escuchando Caminito, coreando que “yo también me voy”; estoy entre el desastre, en el que me convertí, aunque odies escuchar esas palabras, el amor que me tienes y que te tengo, que es todo lo que poseo, y los 200 de cilantro cortados finamente, entre lágrimas y sudor; estoy atrapada en este te amo, señora bonita, que te guardo hasta que te salde las deudas y los 200 de cilantro...: tranquila, no hablaré más del cilantro.

Eran todos mis recuerdos bonitos de la niñez; dicho en voz baja, no son muchos, pero ahí estaban justo en esos momentos; estaba ardiendo, en el pasar de los suspiros, de tanto llorar, si en este momento ya era difícil empezar a contarle a mamá todo lo que había pasado hasta ahora; imaginar cómo, luego, esa charla con sabor a confesión sería inevitable, cuando sonó el timbre: había llegado Luciana, la mujer con la sonrisa más bonita que conocía, pero, también, con el vicio más feo que pude heredar; mi hermana estaba por casarse, claro que en ese momento no lo sabíamos; lo digo yo de manera prevenida, porque me encuentro en este pesaroso futuro, del que ni Martín, ni Blanco, ni ella, ni mi madre ni yo podríamos escapar, quién diría que silenciosamente, como un cáncer y, luego de una tortura por olvidar a su primer amor, ella encontraría la paz, de la mano de un joven economista.

Ese día, cuando abrí la puerta y mi hermana entró, no espero verme, no había yo avisado que regresaba; me abrazó y, sin decir más, agachó la cabeza y vio a mi madre; en ese momento, entendí que su espíritu estaba roto y que no podría yo volverme a ir; ahora que lo recuerdo, eso fue lo que me hizo volver, la cercanía indispensable con las dos mujeres que amo; cuando cada una de ellas tomó su camino, entendí lo que sintieron ellas al verme partir; de mi familia, poco o nada recuerdo, salvo aquello que, cuando estoy fuera de mí por los medicamentos o el alcohol, logro recordar; conscientemente, solo tengo a Luz y a Lucía y uno que otro vecino que me conocen de pequeña; ahora que lo pienso, sí tengo algo en común con Luciana, pero, como resulta imposible hablar con ella, decidí hacer algo muy a mi manera:

Conozco a una mujer que huele a tristeza, pasea por mi cabeza con ojos de ¡ayúdame pronto y escóndeme de la pena!; conozco a una mujer que vive huyendo de los recuerdos de un militante del lado oscuro, que la educó al servicio y justo la abandonó por otra mujer sin formación ni deformación; conozco a una mujer que me atormenta en las mañanas, me obliga a despertar y, con aliento de mamá y afanes de amante, me pone en las manos el peso de ser su único consuelo en un mundo de apagones constantes; conozco a una mujer que me mira como mi madre, que me recibe en su seno y espera de mí la facultad de rescatar; la mujer que yo conozco tiene como profesión la de sanar, pero enferma de misericordia cuando recuerda a su padre, y es que se lo arrebataron cuando intentaba rescatarlo; en eso, se parece a mí.



**Figura 3.** Rostro de la soledad.

La mujer que yo conozco, justo ahora espera que yo regrese y, desesperada, busca para mí la mejor estancia, a lo mejor no por mi comodidad, sino por la de sus hijos; es ella un mar de melancolía y sueños perdidos; tiene la esperanza de que su fe la redimiera y se opaca cuando no le rezo el Credo; es lo más cercano a mi madre y por eso la venero; no puedo ver con morbo ni amarillismo sus radiantes caderas ni sus ojos taciturnos y opacos; yo, que soy un mal momento en los recuerdos de las mujeres que me han rodeado, pero a ella la amo como a ninguna; es Ana,

simplemente Ana en la partida de su matrimonio; tres centímetros más cerca del cielo que lo que le marca su credencial de ciudadanía, pero tiene la altura perfecta para sostenerme del cuello cuando doy un paso en falso; se llama Luciana y tiene la piedad para dejar caer la vara con la que corrige a los hijos que, con paciencia, le entrega al mundo; esa mujer, cuya confesa amante soy, no entra en mis deseos, porque la llevo alojada en mis vísceras; para que este amor fuera repugnante como la suerte, me enseñó a amar; no puedo ser diferente con ella, porque me conoce como a nadie y, si sonrío, se parece a lo que algún día quise ser y no fui; la mujer que yo conozco tiene en sus venas sangre de la misma que yo tengo; es mi hermana ella, hermana de sufrimiento y fin antes que principio de mis letras, por quien, sin decirlo, me levanto cada día y a quien le he ofrecido parte de estos días que, en nombre de la vida, le ofrezco a la muerte.

Esta carta se la vine a entregar cuatro años después, cuando ya había vuelto a estar sola, cuando ya había conocido a Margarita, Carmelita, Blanco y a un par de pasajeros veranos más; lo cierto es que, con el pasar de los años, todo era distinto y, desde el 2012 hasta hoy, ya habían pasado seis años; ya tenía yo, a estas alturas, las cosas más claras y difíciles que antes, a punto que aun mi madre no sabe lo que aquel día necesitaba decirle y que me hizo volver de la capital; Luciana ahora tiene dos manitos que sostener y Luz, de vez en cuando, me llama desde Candelaria para decirme que me ama; yo, mientras tanto, he tenido que ver partir a otro par de familiares y amigos en el viaje entero; mi historial de personas que vi por lo menos una vez a los ojos y que ya murieron estaba creciendo, me pesaban más y más los recuerdos; ahora, me dedicaba a las Letras, a la Filosofía y, entre trago y humo, a dictar clases en un Instituto de jóvenes desadaptados, como lo fui yo a su edad; de mi familia, seguía sabiendo poco, pero con la certeza de que estaban allí; un día, al caminar por el desván de mi apartamento, encontré una carta que le escribí a mi madre años atrás.

A vos, mi Madre

A vos, que tanto te extraño, porque estás lejos; de no ser así, a menos diría que te amo  
Pero que te extraño no, y eso es bueno, aunque no lo creas, vieja, la distancia hace que  
Anhele verte, que quiera oírte, me hace amarte como hace mucho no lo hacía,  
Yo sé que no entiendes nada de lo que te digo, pensarás que estoy enloqueciendo  
Pero sabrás que es sincero, cuando llega la noche en medio de la embriaguez, que, entre  
Tanto, tengo que decirte, es habitual, me preocupa no escucharte,  
Me preocupa que, en caso de necesitarte, estás tan lejos que quizás no alcance a llegar  
Pero, a vos, mi madre, te debo todo, incluso las ganas de seguir viviendo, y eso que no sabes  
Que te he imaginado llegar, que me hablas, que te he visto dibujada en la ventana, en los  
/árboles,  
En los libros que leo, te he extrañado tanto, vieja, que, por fin, he comprendido cuánto vales,  
A casi un mes de no verte, sufro en silencio, incluso extraño tus besos escasos, tus miradas  
/frías,  
Tus caricias bruscas y ese guisado de pollo que me esperaba en la mesa cada fin de semana  
Agarrarte de la mano a la fuerza y hacerte rabiarse y no por eso debería decirte de nuevo  
Que te amo, que, por vos, vieja, he aprendido a odiar la distancia, cuando empecé a escribirte  
No tenía claro lo que quería decir, pensé sería un poema y resultó siendo esta carta,  
Pensé te agradecería todo y terminé por creer que, por tu bondad, entenderías que si te  
Decía que, a vos, mi madre, te amo más que a mi vida, sería suficiente para que me regales  
Tu sonrisa.

Recuerdo bastante bien el momento en que la escribí: había llovido toda la tarde y, tras un par de tragos con Blanco, regresé a casa para dormir un poco antes de empezar un nuevo día y vi en mi brazos las marcas del maltrato que recibí una vez de manos de un hombre que, de vez en cuando, venía a casa a dormir y escribí todo lo que en esa carta está; Luz seguramente no recibiría jamás esa carta, pero la escribí con tanto amor que, si un día ella se muriera y se sumara a la lista, me la tatuaré en la espalda y me aseguraré de que todos la leyeran antes de que me lleven, también, al cementerio; hablar de la muerte y del desamor es cotidiano, tanto como de la embriaguez, el insomnio y la universalidad del amor; debido a tantas cosas que pudieron pasar en cinco años, Margot, a quien le había escrito un par de versos, vendría a jugar un gran papel; me delataré: ya no solo gustaba yo de los muchachos de barbas y pantalones apretados, sino, también, de las mujeres como ella que, de vez en cuando, se acuerdan de su hombría y se venden en los burdeles de la ciudad por uno que otro peso.

### **A Margot**

De aquella chica embarbada y despeinada  
En la esquina del boulevard,  
Fina y entristecida por el bajo costo de su sexo,  
¿Sería acaso por el exuberante vello en su pecho y sus aquietantes bajos brazales?,  
—¡Margot!,—creo que la llamabas desde los hoteles vecinos,  
—¡Margot!, —¡Treinta por un polvo!  
—¿Por un polvo?  
—¿Acaso no duele fingir que tu cuerpo me humedece?,  
—Pero era algo más lo que quería decir de esa chica que se vendía en el boulevard,  
—¡Margot, Margot!,  
—Hasta yo me enamoré de ti, y no fue tu vestido rojo, ni tu cabello casi liso,  
—¡Margot!, ¡Margot!,  
—No tengo treinta y menos te ofrezco un polvo,  
Pero me encanta tu barba, tus piernas enmotadas de rubios pelajes  
Y,—¡Margot!,—grita el siguiente, —Cuarenta por una hora,  
—Pero, de aquella chica en el viejo boulevard,  
Solo puedo decir que siempre fue un misterio  
—¡Margot!, ¡Margot!  
—Aún recuerdo cuando te descubrí bajo la máscara  
Allá en el cerro, en Cali, en el Valle ¿lo recuerdas?  
Era extraño como esta dama te amó,  
—¡Margot!, ¡Margot!  
—Aquella noche, tan mío, Margot,  
Y de aquel chico que se creía chica en el boulevard solo puedo decir  
Margot, Margot.

Margot era la Némesis del hombre al que había amado por años seguidos y que ha tenido lugar en casi todas las letras de esta bitácora; mejor dicho, era el mismo, pero en tacones; ella me enseñó a amar como jamás antes y, esta vez, no habría, de verdad, un precedente.

Con la razón por la cual me causaba tanto trabajo aceptar que nada era para siempre y que esa pasión que despertaba en mí el misterioso ir y venir de Pierre no era otra ajena a la falta de voluntad para avanzar sin mirar hacia atrás, tenía el pasado anclado en el pecho y no había encajado nunca en el cuadro familiar ni en la estirpe de las mujeres contemporáneas a mis actos; solo en un lugar podía sentirme viva, sentir que estaba mi familia, por si tenía miedo, mi cómplice, por si necesitaba asaltar un banco o simplemente un beso, si el vacío que dejaba la ausencia del alcohol y los canabinoides en mi vida se tornaba insoportable.

Había conocido, en mi juventud, a un hombre de muy buena familia, un joven creyente y muy ceñido al orden de su familia, que se había traducido, con el tiempo, en el peso del otro lado de la balanza, un polo a tierra para esta nave disparada hacia la inmensidad de la nada que era mi alma; tenía un par de años menos que yo y no solamente era mi mejor amigo, a veces era mi amante, mi poeta favorito y el guitarrista con el que íbamos a los bares de la ciudad a recitar por un par de tragos o cigarrillos, de quien me alejé una tarde, para dejarlo que creciera, para quitarle el peso que le ponía sobre los hombros con mis amores pasajeros y esa constante intranquilidad que me perseguía: Lucifer Estrada, al que pertenezco por principio de gratitud y de inmoralidad; sé que me ama y lo ha hecho desde el principio; con él, crucé un par de cartas que, justo ahora, podría traer a mi mente al pie de la letra; las recuerdo como al Padrenuestro rezado en latín; las recuerdo, porque tras cada renglón de ellas, Luc me entregaba su vida y yo le encargaba mi alma, para que luchara por los dos; era él mi familia de conveniencia y la única persona que viene de vez en cuando a visitarme.

La primera carta decía:

Hola, mi hermosa y linda Luna

Espero que todo marche muy bien y sonrías cada mañana. No sé cómo iniciar o cómo te digo... Bueno, estos días han estado de pulmón perforado a tabaco; duele a veces el aire al respirar, pero me conoces, he aprendido a sentirme vivo después de jugar con fuego; al menos se siente algo duradero.

Te comento que el recuerdo es un arma de doble filo. El escalpelo lo utilizo para buscarla dentro del pecho. Solo quiero ver esa la sonrisa que se tatuó allí. Pero no suelo encontrar más que deseos truncados, una que otra humareda y el complicado mecanismo que me hace andar de a pie. Pero, después de una incisión más profunda, surgió, como brote (en sus palabras) “¿qué tanto pensaste?” Bueno, te pondré en contexto. Después de un ¡hola!, un ¿qué tal?, llegados ahí preguntaba cómo estuvo mi día; yo respondía, maravilloso, o estuvo muy bien, porque pensé en ella y, bueno, ya sabes que uno se vuelve algo creativo.

Le respondía todo con sinceridad, pero creo que debí mentirle:

“Me desperté esta mañana y tú estabas a mi lado; dormías plácidamente y el cabello ocultaba unos cuantos rasgos de tu rostro; no buscaba despertarte, pero, al cuadrar mi

ángulo de visión, tus ojos se abrieron. Aún dormilones, un poco sin rumbo, se fijaron en los míos y esa sonrisa bien definida surgía; labios, en susurro, dijeron “¡Buenos días!” Tu brazo rodeando mi cuerpo y, seguido, recostaste tu cabeza en mi pecho; buscándole el ritmo a la mañana, decías: “¿Puedo quedarme más tiempo así?”, respondía: “—Claro, cinco minutos más”, “¡No!, que sean diez”, y un beso me dabas. Así me desperté hoy...”

Ya imaginarás qué tanto pensaba esas mañanas al levantarme, al hacer los quehaceres matutinos, al café de las diez, al perderme entre versos. Así, el día se iba consumiendo. Ahora, en cambio, frente al espejo, escalpelo en mano y recuerdo extirpado, me digo: “¡Vaya, sí que duele el recuerdo!” Pero es solo a veces; hay mañanas o tardes, más aún noches, cuando esos recuerdos brotan y son alegres, son felices, cantan, danzan, y los acompaño con la guitarra; se olvidan y me hacen olvidarme a mí mismo, sonrío. A veces, me leen un poco; otras, solo guardan silencio y se quedan recostados a mi lado.

Aunque hacía un día precioso con lluvia y brisa que enfriaba los pulmones, me sentí con un ambiente aún nostálgico. Cada día, como acostumbro, salgo de la cama y ubico sus ojos imaginarios, en cualquier lado. Creyendo que me observa, pienso que no se ha marchado y que en cualquier momento aparece y me dice: “¡Bésame!” Pero ella no es así, por lo cual los cambio de lugar y paso más tiempo cambiándolos que pensando en agrandar el cuarto.

Es en este momento cuando aparece mi inquietud y porqué te he escrito, si lo que siento es cariño hacia ella, porque, te lo acepto, la quiero y sí, el cariño es un complemento del amor y, después de que acepté el acuerdo de tomar distancia (solo porque me di cuenta que la quiero más de lo que la deseo), creo que podría y estoy capacitado de llegar a sentir amor, tal vez no con ella, con alguien más y eso... Eso me hace pensar si me daré cuenta que está en mi o, como en este caso, necesitaré de escalpelo para saber si estuvo allí.

Atte. Luc Estrada

Así fue la respuesta a su primera carta:

Mi siempre leal Lucifer,

Para empezar, quiero advertirle que un día revelaré su nombre, en una de estas cartas; me resulta raro llamarlo así y no porque ese no sea su nombre, sino porque yo prefiero llamarlo de otras maneras; ya vera más adelante; he recibido su carta y, aunque me he tardado en responder, no quiero que piense que sea porque no me ha causado gracia lo que con tanta pasión escribió en ella, sino, por el contrario, en la Facultad esa de Letras a la que voy hace un par de años, no me han enseñado a responder una carta con tanto sentimiento y amor impreso, como la suya, y en la vida uno no aprende sino a callar frente a este tipo de cosas; además, déjeme decirle que debería conocerme lo suficiente: ha pasado una década ya desde que lo vi abusivamente a los ojos y no me pregunte porqué llevo la cuenta, si a duras penas yo

concibo la idea de contabilizar las veces que pienso en un día en saltar a un precipicio y traerlo conmigo y parece que ha sido así; véase hablando de ella como si fuese la primera vez que un ciego mira el color rosado o el azul del cielo; me recuerda a mi hace unos meses: yo hablaba y hablaba y no paraba de hablar de aquel espejismo y no quiero decir que eso que usted siente también lo sea; puede que sea real, vaya uno a saber. ¿Lo que yo sentía también es real? Mire, se conjugan el pasado y el presente; pronto lo entenderá, si no es que ya entendió cómo es. La tuvo en sus brazos ayer y la quiere hoy; ese desearla y no de carne, sino de espíritu, y eso que pasó es lo que es, presente imperfecto, y no es que sepa mucho de gramática; imperfecto, porque noto en sus letras sinsabores y créame que eso solo queda en la boca del amante cuando hubo amor, crudo, cálido y con mucha lascivia; amores buenos, bonitos, mercantilmente invalorables; ya me entiende ¿verdad? En cuanto a eso del cigarrillo, no podría decirle nada, aunque parece que a las adicciones las veo de reojo; ya me vio usted alguna vez perdida y ¿con qué cara podría yo reprocharle algo? Sin embargo, y no por su bien, sino por el mío, sírvase de cuidarse mucho, no tenga miedo de vivir, pero viva dando solo un paso a la vez; a veces, cuando se empieza a andar por senderos despiadados, como el amor y todos los vicios, es mejor ir con calma; yo espero que, desde el día que recibí su carta hasta hoy, tras tan irrespetuosa espera, haya mejorado un tanto, no en su dolor, sino en el desespero; ya quisiera yo que su deseo de volver a tenerla se consumara en un sinnúmero de sangrados besos, y no muera frustrado, como yo, en labios de alguien que solo me provoca deseos de volver atrás y consumir lo que no por falta de deseo, sino por cobardía, dejé empezado un par de veces; no puedo decirle más, después de todo esto, que no lleva ningún consejo entre líneas, porque no sé cómo darlos; que cuando le sea de voluntad, me escriba y espere con paciencia mis respuestas; siempre quedaré atenta a sus llamados, así como sé que usted a los suyos; pronto estaré de regreso a la ciudad donde usted se encuentra y espero verlo lo antes posible y abrazarlo y saber que, aunque sea poco, esta torpe sensación, sin necesidad de hablarle, después de días sin verlo, le recordará que lo quiero, como humanamente es ilógico, y que por los días que me resten sobre la tierra será así.

Siempre con amor hacia usted,

Carmen, en el cielo Luna, de frío pálida, de desamor Magdalena y de sus abrazos E.

A esta respuesta, siguió la segunda carta, que decía así:

Mi querida Luna de Pálida fría, J.

Ha pasado tiempo desde tu carta y es por falta del mismo que no he podido responderla. No quiero que se interprete que no eres importante; es cuestión de que lo mejor para ti, y el tiempo que te dedique, debe estar libre de cualquier otra distracción; te lo mereces. Te cuento que el aire ya no sabe tanto a tristeza, sabe más

bien a coctel, tres de indiferencia al sentimiento, doble de recuerdo y gotitas de esperanza con sonrisa a suspiro; el limón y la sal es al gusto, dependiendo de la herida; en mi caso, va sin ellos; lo prefiero con hielo; puro y fuerte coctel, que pasa quemando la tráquea, eliminando ese grito, tal vez silencio que se acumula tras ella.

Mi identidad es lo de menos, con saberme identificar basta, y sé que eso y más con una mirada. Llevamos ya un tiempo sin vernos y, aunque no lo demuestre, la extraño, tanto como a sus letras. Pero me conoce y sabe de antemano cómo soy, un tanto difícil de querer y más aún cuando nuestro cariño ha superado la percepción convencional de su significado. En este tiempo, he regresado al vicio nicotina, no es por mucho; ya dejaré de lanzar suspiros a humo, para que se llenen mis pupilas escasas de sonrisas.

Quiero saber cómo lograr domesticar los pensamientos que surgen al parpadeo. De paso, entonar la emisora del cotidiano y algo diferente, verte salir de allí, sentir tus brazos, que son fuerza, al igual que tu voz. En susurro, escuchar el “Estoy aquí” y, con eso, saber que, a dos manos en sentimiento, “todo estará bien”, aunque el todo esté limitado a lo humanamente imposible. Echo de menos volar y estar bajo el cielo hermoso al gris llorón, de esos días fríos que tanto me gustan. Echo de menos tu voz, letras y ser, sino es que en tu palabra está la verdad que te hace cierta. Echo de menos la formal chispa que detona aleatoriamente mi mente y, como sabes, estalló en silencio mi libertad a letras de tinta con su piel lejos. Echo de menos sentir la compañía previa al descanso nocturno y, en éste, el abrazo del silencio.

Creo, más bien considero, que ya basta de sentir tatuajes al pelo. Te cuento que, en la formación profesional, esa que supongo estoy recibiendo, los días son un tanto de oficina, tras un escritorio y a bostezo de discurso repetido, pero con cada cristal se mira de forma diferente y déjame decirte que en tanto color (a blanco y negro) surgieron dos ideas que quiero compartirte. Una de ellas, rodar en una casa con libros de intercambio, elegir días y sectores con el fin de pasar por ellos; las personas podrán llegar y escoger / dejar libros. La segunda idea es la de un grupo, escribir guiones y, bueno, en mi caso hacer realidad mis alas a través de las letras en historias posibles de un no presente.

Quiero indagar más sobre el mundo de emociones, sentidos y espíritu; cada uno de ellos los he encontrado en la naturaleza del ser, que existe con o sin el significado humano; también, están en la sonrisa y la mirada atenta, triste, dispersa, alegre o contenta, y vaya yo a saber; si bien es verdad que los ojos son la ventana al alma y en eso creo, no hay quién para decirme lo contrario. Se ha matado tanto por creencias como esas. Pero, como sabrás, soy flexible y lo único que busco es amar. Tienes razón al decirme que nos hemos amado y así creo que, desde hace una década, sin saberlo, solo a roce de mirada. Por algo seres tan diferentes estarían compartiendo pedazos de sus almas a versos.

He conocido poco en estos años y cada vez siento que es menos que el día de ayer. He sentido y privado mi ser de tanto, que no podría ordenarlo alfabéticamente ni de otra forma; sin embargo, sé que estoy aún de pie, respirando y con mente de lucha, esa fuerza que, aunque escasea, aún sigue siendo mi motor de a pie. Y, bueno, sin más que decir y releendo estas sandeces a metáforas, me despido, no sin antes desearte unas felices lunas, mi Luna, y que recibas de mí el más sincero abrazo, de esos que bien conoces y a veces necesitamos.

Con tanto cariño, que faltan palabras, Lucifer.

Yo sabía que, si había alguien afuera con quien podía contar, si algún día salía de este lugar, era Luc, a quien, sin lugar a dudas, le estaría doliendo en el pecho mi terrible condición; sé que le disgustaba ir a los ancianatos, a hospitales, iglesias, o a cualquier lugar donde pudiera estar comprometido su libre vuelo por el universo, pero esperaba, con todo mi corazón, que tuviera la valentía para venir a visitarme o para escribirme; los primeros tres jueves de visitas, llegó puntual a la cita con mi necesidad de salvarme de esta monstruosa necesidad de llorarlo todo; entre cartas, escribí algo para que, algún día, lo leyera y se diera cuenta que, en este lugar, con todo el tiempo libre a favor de mi inestabilidad, pensaba en el día y noche, sabía que él tenía la fuerza suficiente para luchar por los dos, ahora cuando me encontraba totalmente impedida.

Así, aquí está el texto de su carta:

Hola, mi pálida y hermosa Luna

He sentido la necesidad de escribirte y lo he hecho sin tener en cuenta que aún no respondes la carta anterior. Pero lo que siento es algo confuso y quiero plasmar todo lo que pienso antes de mañana.

Como sabrás, he hablado nuevamente con ella y, no te lo niego, aún tengo un suspiro de esperanza por volver a tener sus brazos desnudos rodeando mi torso, sentir el calor de sus senos en mi pecho y el frío de sus nalgas en mis manos. De igual forma, que ella me sienta como ese hombre que me mostré a sus pies; así, desnudo de cuerpo y alma, atento a sus deseos y movimientos. Me conoces muy bien como para saber que ella está rondando mis pensamientos, tan profundo e íntimamente, que hasta me asombro.

La he soñado a ojos abiertos y en cada imaginario llueven recuerdos de ese corto tiempo que estuvimos juntos y, lo repito, fue corto. Tanta es la pasión y el deseo que nuestros cuerpos sienten, que intentamos quemar esa llama en una sola noche o, bueno, dos o tres. Sin embargo, intentamos acelerar ese proceso y fue mágico, pero aún la necesito; mi espíritu quiere más de su sonrisa y aquellos ojos que penetran poco a poco en este corazón. No entraré en detalles; quiero decir que aún la deseo y no solo a su cuerpo; sabrás, en este tiempo que hemos compartido, que lo mío es sentido, sensación y razón, es la búsqueda de esa elevación y dejarse llevar, es sanar

el alma o darle un nuevo desorden a su interior. Es difícil definir el cariño, pero deseo quererla y que se deje querer.

Los dos llegamos a un acuerdo (si es que, en cuestiones del corazón, eso es posible): consiste en que volvería todo a ser como antes, siendo aquellos amigos de confianza infinita, ese par que se escucha y sabe el momento exacto de dar un abrazo; de aquellos que apoyan la más loca idea, porque sabemos que estaremos ahí, si algo sale mal. Sin embargo, aún tengo el sabor de su piel en mi boca, ese aliento cálido en mi cuello y la alcahuetería de que permitiera que mis dedos danzaran en su piel, la que deseé como el papel. Intenté juntar cada uno de sus lunares, para decirle cuán alegre me hacía, pero, sin que pudiera decir nada, me di cuenta de que todo ya debía terminar. Las razones son sencillas: nos conocemos tan bien, que sabemos que, al continuar por ese hilo, todo saldrá mal; por eso, preferimos seguir el sendero tal cual lo hacíamos antes.

Pero el porqué de esta carta radica en que la noto diferente; sé que ha estado pasando por problemas muy grandes; sin embargo, su mirada hacia mí y hacia el mundo está opaca y eso me duele; no sé qué piensa o siente respecto al mundo hermoso en el que estuvimos de paso, no sé qué calla y qué quiere decir, y eso me genera un temor, porque quiero ser el último que le cause daño o le impulse una lágrima que no sea de felicidad. He intentado matar esa esperanza que siento para que no sea una causante más de sus pesares, porque la decisión fue tomada y, como adultos inmaduros (hablo solo por mí), debemos ser responsables y aceptar nuestras decisiones. Ella espera que todo vuelva a la “normalidad” y aquello sea un hermoso recuerdo y ¿cómo no serlo?, si fue mi sonrisa más sincera, fue el brillo de mi mirada y el deseo al verla como mujer. El problema es que me hizo desempolvar mi pluma y no dejo de escribir. He quemado esas ojeras formadas de tanto pensar en ella y quiero decirte a ti, y solo a ti que, si así se siente el deseo, la deseo; si así se siente el cariño, la quiero; si así se siente el amor, la amo. Nunca supe dar un título a lo que siento, sencillamente lo dejo ser y, en este momento, eso haré, tomaré de la mano a la esperanza y la apaucharé en mis piernas, la azotaré hasta quedar satisfecho y, sin soltarla de mi mano izquierda, avanzaré por el sendero donde me encontraré de vez en cuando con sus pasos ligeros. En estos días, nos veremose intentaré indagar en su pensamiento y corazón, pero ya no tendré esa postura de buscar o generar el momento, para poder, en intimidad, encontrarme con sus labios; en esta ocasión, seré nuevamente aquel chico que tanto le gusta, ese alegre y loco compañero de viaje, en el cual puede confiar y tener la certeza que seguirá en pie de lucha a su lado. Es muy hermoso el recuerdo y sembrado está en mi jardín; lo regaré, junto con los demás, y de vez en cuando le leeré, le cantaré y sonreiré, porque sé que bajé a la tierra solo por caminar a su lado.

Atte. Luc.

Estoy segura de que no fueron las únicas cartas que nos escribimos, habrá una que otra por ahí, sin firmar o sin enviar; así funcionaban las cosas entre los dos, una doble vía; no obstante, el esfuerzo de él por amarme de la mejor manera era inequitativo comparado con esta mi maldita y pobre forma que, estúpidamente, tengo de mal corresponder a las personas que no lo merecen; como si fuera poco, lo convertí en filtro de mis angustias y en

el escribano de mi historia de amor con Margot y todas las mujeres que, tras amarla, pude haber tenido en mis brazos.

## **DE MARGOTH Y OTRAS MUJERES**

Este aparte, al igual que un par de otras páginas de esta historia, se dedican a Lucifer Estrada, y no porque sea mi profesión de fe, sino porque es mi alma paralela, el escudo con el que enfrento mi guerra y la respuesta a la pregunta de por qué sigo aquí.



**Figura 4.** Relieve en sombras.

### **DECLARACIONES DE AMOR SIN NOMBRE**

Declaración de amor 001, de manera directa:

Ha llegado usted un lunes en la noche; aún recuerdo el día que la conocí; era tan solo una sombra más de aquel veinticuatro de mayo, de excesos, alcohol, droga y mucha, mucha poesía; para entonces, estaba yo muy enamorada de un hombre mayor que yo y, aunque mi aspecto jamás fue tan como para pretender conquistarla, al menos un par de sus miradas sí me lleve en mi chaqueta; no sabía yo que un lunes, un par de meses después, iba a volver yo a encontrármela; recuerdo que llego de la mano tomada la desdicha. Perdóneme; sé que no debo referirme así al hombre ese, que tanto dice amar, pero siento celos, mujer; celos de aquel que la mira; de aquel que, sin esfuerzo, la posee, pero es que ya no aguanto más; creo que si paso un día más sin dar guerra, terminaré clavando mi lápiz en mi cuello y solo saciaré esta rabia hasta que la vea morir; soy poeta y sabe que no puede pretender de mí más que un par de letras, que le digan lo que siento; soy tan poco al lado de quienes la pretenden y en mí pesa el duelo de no poder complacerla, no poder saciar su deseo; ¿sabe?, me duele en los pulmones que esta sea la misma razón que siempre me separa de aquellos que, aun sabiendo, me lanzo a amar: ¿me entiende, verdad, aquello de no tener un maldito cuerpo de mujer? Si tan solo Adán hubiera sido mujer y Eva hombre, los dos iguales, así el pecado original sería más sagrado, ¿me entiende? Me cuesta demasiado, las cosas se me quieren salir de las manos cada vez que la veo, cada vez que camina hacia mí con esos ojos que se mueven a la par de sus pies y esos labios que me llaman a morderlos; la deseo y esta es la mejor forma que tengo de confesarle esta pasión.

No sé aún si es amor o solo una torpe aspiración, pero es sincera; quiero tenerla, estoy enloqueciendo de anhelo por tenerla y ahora que ya lo sabe, no sé; no mate mis ansias de amarla de manera definitiva, con un gesto definitivo de rechazo. Permítame continuar fingiendo; tal sería el caso, prefiero la capa de una amistad, si no puede brindarme lo que tan apasionadamente pretendo. Le soy leal. Permítame mostrárselo,

Su compañera en la bohemia,

Ema

Declaración 002, 8 de julio:

Ya que han pasado un poco las cosas y que me siento más fría que aquel primer día, lo voy a intentar, de manera objetiva; no pienso deshacerme en caricias de mi verbo hacia usted; si le he escrito aquella vez, ha sido por amor; eso no ha cambiado; puede que esta vez también lo sea; sin embargo, eso no evitará mi despedida; le seguiré escribiendo, claro, pero desde otro lugar; debo caminar al sur y estará bien; luego de cuatro meses en la sombra de las migajas que me lanza, iré sola en busca de mí y de satisfacer, ojalá, mis deseos más primarios; sentirme querida, ¡carajo!, a eso me refiero; el servicio que siempre le ofrezco a los demás, que es lo que me atormenta, me hace necesitar más y más de placer, pero no quisiera, no me atrevo a pedírselo, porque no la quiero para saciarme solo yo y, para eso, podría encontrar cualquier otra persona dispuesta; su amiga de ojos apagados, por ejemplo; pero, no; no, porque me he fijado en usted tanto, que no me interesa nadie más, ni en un

mínimo grado; quiero que sepa que hace mucho no sentía miedo de perder a alguien y, a pocos días de empezar mi viaje, tengo miedo de volver y no encontrarla o encontrarla tan lejana, que ya no pudiera sujetarla, aunque ¿qué de distinto hay, si, ya de por sí, está tan alejada de mí, que siento frío, si su pecho en mi espalda palpita, si conduzco por la principal camino a casa; no quiero que esto sea una excusa, pero sí es mi forma de justificar mi próxima ausencia; tenga claro, no todo está bien y este amor que siento ha empezado a doler y, si regreso y la encuentro, libre o no, cercana a mí, seguiré amándola; de lo contrario, fue lindo tenerla en mis días.

Para siempre, servicial a sus deseos.

Debo admitir que, a estas alturas, las cosas se han puesto difíciles para mí; soy Ema, y me encuentro en los momentos más críticos de mi historia; los recuerdos han llegado casi que a enloquecerme por completo; bastará con decir que duele más visitar las galerías del alma y ver los cuadros de lo que se fue y se perdió con el tiempo, que matar con versos fríos a la persona que amas, y de las cosas que más pudieron sorprenderme en los últimos días, fue la visita de Pierre, al que le he escrito lo siguiente:

Sé que te debe costar trabajo acostumbrarte de nuevo a que se te alborote el pecho en las noches tras habernos visto, como lo tenemos acordado, una vez a la semana; juré que no volvería jamás contigo, pero me estoy acostumbrando a ti como quien se adapta al cambio climático, a los jueves en la tarde, a ver que se nos cae la noche, al cálido gesto de tus ojos y a la espera que me aborda la víspera, desde que asumo que serás tú quien despierte mi sueño y que estaré a tu lado viendo las golondrinas enamoradas avistando nuestro deseo; siento que estoy completa: veinticuatro horas dura la dicha, cuarenta y ocho la resaca que dejan tus besos y, pese a que le debo luto al anillo que tengo en mi dedo, estoy tan segura, como muerta en vida, de que este amor que te he guardado por años será mi guía y compañía por el resto de los años que me quedan.

Habitación 348 H.P.C.P.

**Posdata:** Te espero la semana entrante, mi buen señor Blanco.

## **RECUERDOS ATROCES EN LA ESCENA DEL CRIMEN**

### **NUESTRA PRIMERA CARTA DE AMOR**

Se me escapan los suspiros cada vez que menciono tu nombre y recuerdo el vello de tu pecho y estallo de rencor por el beso que me negaste; me corro, entre sonrisas, cuando te tomo de atrás y te finjo fuerza para ver si te excito; acaso no te has dado cuenta que contigo no planeo casamiento, planeo eternidad y no llevarte flores en cada aniversario, sino el aniversario en tu cuerpo y festejarlo en un burdel; que le pagues a otra puta lo que invertirías en mí y que vuelvas a casa vestido de “aquí no ha pasado

nada”, y no rumores de lo que te han ofrecido fuera y, a lo mejor, yo no he podido darte.

No quiero darte una amargura por vida, pero ¿no sé qué más ofrecerte? Quisiera ser la razón de tus cantos y no la tristeza de tus letras, aunque, si de Musas se trata, eres para mí la más barata, la ofrecida, de la que se enamoró el poeta, el vicio que acabó con mi futuro, el cigarrillo que me mató de cáncer, la confusión más porquería en la que pude caer; fuiste el vaso de alcohol que me mató de cirrosis y el amor mejor hecho, que me acabó como el sida.

¿Qué cara te haré cuando estés muriendo, viejo? No podría jamás decirte adiós, por eso vuelvo a los veintitrés que tenías cuando te conocí y los veinte, que a tu lado suman cincuenta y tres; veo, de nuevo, en tus ojos la verdad; para mi inestabilidad y extraviada definición personal, a tu lado me descubrí Musa, puta y poeta macho y hembra; a tu lado, sentí por vez primera ser llamada como nunca antes, por quien jamás antes llamó; descubrí mentiras en tus ojos marrón y me acosté a tus pies como gata en celo y aquí me tienes ahora masturbando tu recuerdo a dos manos en la apretada la pluma en la una y con la otra sosteniendo el papel.

Mi historia con Margarita empezó en febrero con un beso, una noche después de beber y caminar por las frías calles buscando drogas o cualquier cosa que pudiera darme paz para esta desenfadada angustia y sed de venganza hacia el mundo, por obligarme a nacer y estar aquí, y no en paz en la nada, a la que sé con certeza que pertenezco.

Febrero,

Margarita, he decidido llamarla y, tras su último esfuerzo por entrar y alojarse en mi alma, aunque ya de solo pensarla comprendo que su verdadero nombre significa de por sí solo un sinónimo de su rostro, Margarita, el instinto que me mueve, que me hidrata, luego de tan penosa sequía, tengo afanes de tenerla, bajar por su estrecho cuello y alojarme en su cintura. Si sucediera, cómo admiro la cicatriz que tiene en la espalda antes de llegar a la cadera y a hojitas de aromas y espinas se le parecen sus piernas, Margarita, tallos empapados de rojo rocío, cual sangre de mis deseos.

Permítame conquistarla; encuentro, en el odio con el que me mira, cuando descubro que me pertenece y que ha sido así desde el principio, lo que busco en noches como esta; no me finja ausencia de recuerdos de los besos que hemos cruzado y, Margarita, no sabe cómo tiemblo cuando siento que ahora es mía, que la tengo cerca.

Permítame consumirla; que se case conmigo, le propongo casamiento; un día saldré de aquí y la quiero solo para mí, pero libremente mía; también, soy capaz de matar, como a un animal de caza, si alguien me la arrebatara, Margarita, flor bonita de mis anhelos castos, sea usted mi primera vida y permítame adorarla; sé que la gente estará indispuesta y sé que, ante otros ojos, este amor no es bien visto, mas no me importa el pecado, sus ojos son todo y, después de tanto, ellos son mi espada; sé que me ve como mira la salida de la sala de emergencia donde reside.

Margarita deseada, permítame contemplarla;espéreme esta noche en el umbral de mis  
placebos, atienda mi llamada y ámeme como sé que le nace hacerlo; soy suya, aunque  
le implique tristezas;seré suya, aunque nos implique una calamidad.

Felicidades, Margarita.

Con amor,

Su Ester.

### **CARTA DEL MISMO DÍA**

Me he visto en la obligación de escribirle, por segunda vez consecutiva, el mismo día,  
para hacerle saber el porqué de nombrarme Ester en el remite de la anterior carta.

Pues, los prejuicios que me abordan, al poseer yo la misma condición suya, me han  
hecho creer que podemos correr riesgo de ser víctimas de juicios que, aunque vacíos,  
son perjudiciales.

Llegué a casa, luego de acudir al cartero para que le lleve mi recado y recordé la  
esquinita donde le besé los labios por primera vez, pero sentí miedo de perder, de  
morir antes de que consumáramos esta magia que se decolora en el cielo cuando la  
veo, que provoque que nos quemem en la plaza pública, sin derecho a defendernos;  
me encuentro a un par de metros de sus aposentos y no me atrevo a preguntar si ha  
llegado alguien más antes, por usted; yo asumo que usted me quiere como yo lo hago;  
le cuento que ya me dijeron lo que me aqueja: dicen que es una condición psíquica  
más que física y pronto me pondrán a disposición de los expertos, mas, como ya se lo  
dije antes, me urge amarla; no significó tanto peligro, como parece ser en la carta  
médica.

Espero no cele mis instintos; la mujer que me visita de noche es la que me invita justo  
ahora a escribirle esta carta; iré cambiando de letras en el remite y espero que fije  
usted los intereses en la composición exacta de lo que signifiquen mis actos y no en el  
nombre con el que firmo.

Mi Margarita, para siempre.

Ester

### **PENSAMIENTOS CÁLIDOS PARA UN FRÍO AMANECER**

[1...]

De tanto mentirte, he olvidado creerme que eras solo mío y ahora, que no te tengo cerca,  
quisiera que, al menos, diez de las quince veces que te grité que te olvidaba fueran ciertas,  
para no estarme arrepintiendo; diera, al menos, un par de verdades para que sueltes tus  
brazos cruzados y te abracés a mis miedos; soltar este lápiz y doblar cerrada la curva

previa a tu casa y, en lugar de arrepentirme por follarnos en la escuela, llover en tu alcoba y brindar escuchando al loco de la plaza buscar a Carmelita a su lado y olvidar que la lleva entre las manos y que, si despertamos antes de la una, un asesinato a sangre fría, por el amor que nos tenemos,resultaría inevitable.

Te he mentido tantas veces, que te da igual que ahora esté muriendo y no sabes que a la nostalgia le grité cuando te ibas que, si no podía olvidarte, me diera fuerza para ahogarme y morir de amarte y dejar de decir mentiras, porque la vida me las cobra todas y mi suerte dobla la esquina y se estaciona en tu sala, a la espera de esa lascivia, con la que consumes mi calma.

## **MI APATÍA**

**[2...]**

Ahora,¿qué dirás? Me pregunto, arrodillada, mirando hacia arriba, apuntando a mis ojos con los tuyos, esos que, a lo mejor, esperé más de media vida; se me cayeron los míos hacia tus pechos que, sin mi tacto, ya se enfrían.

Levántate y mírate; frente a mí, no abras más la boca para insultarme; yo no te haría daño a vos; salivo, si te miro los labios y, de a pocos, me subyugo a tu voz; no me hagás llorar; para la tortura, no digas que no me odiarías; si sé que mañana no vendrás al rayar el día, no...

No mires más allá de lo que imaginaste de mí; no pares en el camino para preguntarte dónde iremos a parar si una noche de tantas arranco sus penas y te puedes enamorar; no susurres que me quieres más que lo que te quieres vos; mira que la luna nos puede escuchar y no soy solo de vos, tengo mis amantes, pero, en tus manos, vuelvo a mí y te amaría, pidiendo a gritos que me vuelvas a mirar, sabiendo que nunca te gustó mi apatía a los temas del amor; la chica que quería sos vos y, con todo y esa alegría que temes frente a mi sonrisa, fumigaste mi colchón de estúpidas despedidas, me ataste a tus piernas y se fue a la mierda mi apatía, al respirar tu aire y mirarte a los ojos; arrodillado frente a vos, descubrí que tus pechos y tus rodillas se conjugan con mi voz.

[4...]

Gritos  
gritas para no morir sin vos.

19/9/16

Mi siempre adorada Margot,

Es la primera vez que me encuentro la fuerza para escribirle y referirme a usted, pero le voy a pedir que sea discreta con todo lo que pueda encontrar entre estas líneas; ¿recuerda el día que le dije que me había enamorado de usted sin importar cuantos borrachos pantalones llovían al pie de su cama?

Ese día salí por un par de copas y, desde entonces, no he parado; la depresión de pensarla y no poder tenerla me agobia, se lo prometo; aunque me vea siempre muy bien acompañada con un chico cada vez más atractivo que el anterior, pero no me satisface; sabrá de qué sirven las caricias sin una exhalación que de veras existe.

El viernes, hace quince noches, que conocí a una chica de veras, bonita y, sí, yo sé que no creerá lo que le digo, yo siempre prometí tener ojos solo para usted, mi adorada, pero no veo diferencia; es que, de usted, ya no sé qué me enamora, si sus fuertes brazos masculinos o sus suaves pasos de dama de compañía y, no me tome a mal, ¿quién soy yo, acaso, para no poder enamorarme de una puta?

Aunque, si soy sincera con usted, a veces extraño su masculina barba lijando mi torso, pero, con todo esto que le escribo, es solo la muestra de todo el sincero amor que le tengo; buscaré la forma de hacerle sentir que ya no me interesa lo que se pueda decir afuera; a estas alturas, solo me queda decirle que la amo, y los amo a ustedes dos, a lo que le complementa esa maravillosa alma que me ilumina; los amo y espero no me ponga en capilla a escoger, mi señor Blanco, mi bella Margot, ojalá un día pudieran responderme.

Siempre suya,

Luna

[5...]

Entre las sábanas y el único espacio que le queda frío a tus piernas, descubrí la cura para mi neurosis; salí al balcón y tres cigarrillos después ya quería aterrizarme de nuevo entre tus ojos y tu frente.

Te escribo esto mientras duermes en mi cama, mientras sueñas a lo mejor húmedo, a lo mejor con alguien más y no me importa; te recuerdo desnudo y con eso basta, si puedes venir a casa y posarte sobre mis ausencias.

Ven, también, a mis desequilibrios y besémonos de pie, que el amor es un juego en que me deshago entre tus manos, me dejo ante ti como baraja de naípe y amanezco setecientas veces con tus piernas apretadas a mi cintura y, tres cigarrillos después, vuelvo a la cama, me deshago de las cobijas y te beso, mientras cantas.

Y si el amor cabe en la poesía, te verso de espaldas y soneteo sobre ti, te rimo entre caricias y te recito de pie; nos perdemos en la ventana, al ver las lucecitas de la montaña del frente y, si el amor no cabe en la poesía, te invento un lugar diferente donde introducirte.

## **RUTA 369**

Y, entonces, haber amanecido a tu lado 367 veces, fue, en este momento, el orgasmo 368 que tuve de manera consecutiva; tú te habías ido cuando rayaba el día anterior y yo me había levantado hoy con ganas de conocer a alguien nuevo, a alguien con medidas exactamente distintas a las tuyas, tres o cuatro centímetros más de ancho del pecho y aproximadamente 6 u 8 en las pantorrillas.

Pero, ¡vaya si soy exigente!, te amo y eso es todo.

Hoy, olía tu lado de la cama y me costaba no llevar mis manos hasta el surco de miedo que colindaba entre noches y anochecidas con tus livianos dácilios; era eso o morir, orgasmo 369, uno más sin ti, aunque en tu espera, y recordaba la ruta 69, que bajaba hasta tu casa, como lo había prometido 370 veces.

Y este cigarrillo, ahora, es para decirte adiós.

**CARMELITA**

No quisiera pretender más de lo que sus ojos un día pudieran brindar; hacer acaso de mi obra una apología de sus deseos más primarios; que fuesen mis horas la contradictoria espera para que se acercase la noche.

Desnudar el ensueño de su primer orgasmo en manos de diablo; que disfrutase de sentirse ahogada, estrangulada, muerta, frágil, vil, repugnante; matar a mano fría el verso que se me escapa por las orillas y que vinieran las arañas a departir en las horas que me aguardó sobre su tumba, en dos masas directamente enfrentadas.

Si alzo la mirada y me deshago en oraciones, purgo mis culpas en esta prisión; menos mal acabé con su vida y no se ha sometido a traerme las onces cada domingo; la hubiera matado antes, cuando aún no era tan importante; nunca lo fue; incluso ahora, que tanto la extraño, no llega a serlo; solo llegaba, si yo le llegaba; no predijo su llanto la dicha, destrozó mis penas, me sometió al amor.

Que ¿por qué lo hice?

Porque no soy Dios; solo Él es misericordioso y, al leer estas líneas y temblar junto a mi tumba, no mató mi vida, rompió mi historia en dos; estaba tan adentro que juré, al verme en el espejo, que usted era la que suplicaba ayuda y no yo el que se enfrentaba al cuchillo y, sin piedad, gemía, en el orgasmo infeliz de las manos erradas, la muerte; mi dueña, era la paz, mi amada.

Hay un abismo en mitad de la cama que grita tu nombre en plena madrugada; hay una prenda que cubría mi pecho y vos me arrancas con tu boca marcada por el color rojo más puta que pudiera contar; hay una chica que llora en su cuarto, despierta, a la noche, y cobra lo más barato de ese lugar.

Y aunque te corras atrás de mis pasos, nada me garantiza que volviera a marcar la diferencia entre lo que vos crees que has hecho de mí y yo; no me visto y hago montañismo en tus rodillas y me lanzo al abismo, me cubro los pechos y consigo un cliente que da propina y me paga un coñac, y te busco en la calle, a la que sé que no vienes, y te llamo a casa y sé que tu vieja diría que no estás, y consumo bebidas y mil medicinas para no volver a pecar, y te juro que busco meterme en el premio mundial de absurdos y competir a tu lado en bola y, así se nos cubran los gastos y te atrevas a amar, no soy ni la sombra de la chica que amaste y sé que, aunque muera, tu boca no gritará que te mueres, si muero; que lloras, si lloro; que vienes, si llego, y que resulta estúpido que te desee, si ahora no eres mío, sino del deseo que cubre tu frente y ocultas la suerte del golpe de dados que te trajo hasta acá.

Creo que hay algo de lo que no me he atrevido a hablar a lo largo de esta autobiografía: hay una Emma desnuda ante ustedes pero que aún guarda un par de secretos; perdí la fe en la humanidad cuando me descubrí libre y entendí el afán estúpido de los demás por encerrarme o encasillarme en un icónico género débil, mas había alguien con quien, sin importar el número de personas con las que pude haber estado en mi vida, me amaba y me hacía feliz; a lo mejor una de las personas que más he extrañado en esta inmutable soledad, a quien también le he escrito un par de cosas y, a ciencia cierta, sé que no leerá.

Tomarte de la mano es, pues, un milagro o lo que más pueda parecerse a ello sobre la faz de la tierra; te he llamado Lila porque el morado de tus labios simboliza la paz que alcanzo cuando estoy contigo y las ganas que tengo de vivir a tu lado el resto de mis días.

Mirarte a los ojos es un diálogo entre lo que hago y lo inimaginable; escuchar tu voz o el canto de tus labios es un pacto con el universo, la inmortalización de los deseos físicos de mi espíritu encantado por tu aroma.

Más de una década me han perpetuado las ansias de ver tus lunares cerca a los míos, formar con ellos un cinturón de Orión, una Osa Mayor y el único amor que ha de durarme para siempre, a mí, que no me agrada estar cerca de alguien, porque sé que me alejaré de repente.

Te doy mis ojos, mis manos y la canción con la que te recuerdo y con la que estaré a la espera hasta que puedas venir a verme.

Era triste sentarme entre paredes a escribir este tipo de cosas, porque, justo, son las que debía decir antes, desde el principio, pero uno, cuando es joven, siente que habrá tiempo para las cosas del amor y, luego, se agota y viene el dolor.

Este amor era tan libre, que yo podía amar a Pierre y a cuantas personas a mí se me ocurriera encontrar en el deseo, pero jamás escribí otras líneas con este sentimiento.

**POR SI PIERRE DECIDE VOLVER**

Estoy a punto de salir en tu búsqueda, ahora que puedo hacerlo, porque he perdido el miedo a imaginarte desnudo; te he quitado la máscara de espanto para verte con ojos de devórame a golpes secos como de guitarra acústica azul metida en estuche sintético y no a tonadas de violines, porque ni siquiera sé cómo funcionan o porque, a lo mejor, sería más divertido que te hiciera el amor a mi manera con un *punk* a todo volumen, con unos poemas a media luz o simplemente con un gemido roto de tanto estarse guardando para tus piernas y no como el recuerdo que llega y te somete con melodías a cuatro cuerdas.

He perdido el miedo de parir instintivamente, como cada hembra de cualquier especie, solo si me causas los dolores del parto.

¿Cómo decirte, entonces, que miro tus ojos y, antes de que des el primer parpadeo, ya he fabricado un futuro a tu lado?, ¿que me he perdido un par de saltos sin gravedad por estar entre tus ojos, aunque me cuesta sostener la mirada?

No te imaginas cómo se siente estar con el futuro a unos cuantos centímetros mirándote a los ojos y solo poder mirarle los labios, querer tirarse a morderlos y saborear la pena de muerte, la condena para el perverso, pero no es mi culpa; también, tienes tu parte y hecho en este instintivo crimen; no te he pedido que te acerques, pero muerdes como puedes, donde puedes; muerdes como si marcaras tu croquis de regreso, por si te pierdes y no sabes cómo regresar; a lo mejor, en el camino de vuelta buscarás el sabor salado de mi piel nerviosa o, al menos, es lo que esperaba, y me dibujas susurros de versos y me construyo guerras mundiales en tus sábanas y me disfrazo de solo ganas y te pido un segundo más envuelta en tu aliento y recuerdo tus manos, que rodean mi cuello y te devoro en un instante, aunque no notes el morbo en mis ojos y te espero en casa, aunque las visitas en mi habitación murieran frustradas y preparo de cenar en la mente para que te sirvieras en mi espalda un manjar de ambrosía y ajeno y perdieras el rumbo, mientras me retuerzo con el avance de tu barba y me preparo a morderte los labios y me obligas a despertar, como si pudieras adivinar acaso que el amor no se imagina, se hace.

Entonces, tocas mi hombro y no te das cuenta que, si te diera la gana de hacerlo, podrías lograr que me disparase en la frente al estar a tu lado o que simplemente te diera la espalda y te dejara libre.

Eso me enseñaste a regalar como suma, cuando me enseñaste a dar amor hecho y, para servirse, lo aprendí de ti cuando te besé de lengua y me perdí en tus ojos.

Eso aprendí de ti, cuando desperté por primera vez a tu lado y, ahora que puedo decírtelo, brindemos con un sorbo de limón y sal para llevar a que ardieran mis heridas y tu pasaras tu lengua y sanaras cada una de ellas y mordieras nuevamente mis hombros y escribiéramos otro verso para nuestros besos, en mitad de la noche, con sabor a pena de muerte y con intención de suicidio por sobredosis.

**CARMELITA, TÚ Y YO**

Intento desesperado, sin número ni caducidad: reciba, mi estimada señorita, un afectivo saludo,

¡Qué va!: a lo mejor, ser tan formal ya no resultase necesario; creo que, a estas alturas, ya conoce perfectamente mis intenciones de pretenderla; claro, no voy a fingir que es un afán nuevo el que me hace escribirle esta carta; a lo mejor, mi voz no fuera el instrumento más apropiado para intentar llegar a su corazón.

Por eso, y tal vez porque siento una necesidad infinita de acercármele, que se torna más y más fuerte cada vez que suspiro y recuerdo su nombre, he decidido escribirle; ojalá al terminar resulte de la intención divina de estas líneas una bonita prenda de mis sentimientos y no una fatal babosada.

Quisiera tener las palabras, y no solo las palabras, sino, además, la capacidad de contarle una historia que sonara real; hacer de esto un guion improvisado, que terminara con un: “y vivieron siempre juntas” o “fueron felices para siempre”; que, en algún momento, mis letras tomaran forma de obelisco, sabor de vino tinto de la mejor calidad y la transportaran a la patria del tango; que lallevara a pensar que sería una hermosa postal caminar de mi mano por la costanera, o por la plata, por donde fuera, pero que se imaginara conmigo, así como yo imagino a diario que, aunque no la mereciera a mi lado, la tengo siempre aquí, y es que, se lo he dicho, no la necesito con nombres y etiquetas, no me interesa si el contrato de pareja oficial no se ha firmado justo ahora, porque aún guarda el invierno de sus últimos viajes, pero no me aleje de su vida; deme la esperanza de que pudiera esperarla, que no llegasen el miedo o la desesperación y me arrancaran de su existencia.

L.

Era incalculable el número de personas con las que, al menos por una vez en la vida, crucé una mirada y sentí una conexión, pero muy pocas veces el sentimiento parecía real; casi por diez años, desde el momento mismo en el que vi los ojos de L. por primera vez, supe que, sin que importara cuántos amantes o cosas por el estilo pasaran por mi vida, iba a amarle siempre; iba a planear un futuro a su lado, segura de que el futuro se deletreaba con las cuatro letras de su nombre; a lo mejor, esto era una más de mis mentiras, para saciar mi vacío y mi falta de amor, pero, aun así, le escribí lo que no fui capaz de decirle esa noche, cuando tenía diecisiete años y no fui capaz de besarla y asegurar que se quedara a mi lado.

Quisiera crear una historia, en la que hablo de mi chica perfecta e imaginaria; eso, al menos por ahora esa que no mide más de 1.63, aunque solo tuviera siete centímetros por debajo de mí y es que mi chica perfecta tiene la figura pequeña, pero los ojos más atractivos que he visto; es maestra de orquesta, de profesión, y juega a preparar los mejores platos, cuando la inspira el dolor.

Mi chica perfecta sueña con volar y no solo cae en paracaídas, se lanza al precipicio con una apresurada sonrisa y cae entre mis manos, se torna diminuta y se me cuela en las entrañas; se remarca con el dedo un lunar que decora su labio y apuñala a besos negados mis intentos de protegerla.

La chica que deseo baila salsa como ninguna y ríe sin contenerse cada vez que soy torpe para llamar su atención; se come la pasta que preparo, sin importar si me paso de sal, pero, a veces, necesito huir, y no para olvidarla, sino para atraerla.

El destino la lleva tras mis pasos; si voy a la capital, ella arriba enseguida y, si me tomo un café, recuerdo sus pasos solidarios por los cafetales, y es que la deseo, porque es imposible.

No me atrevo a escribir el final de la historia, aunque ya notó que tengo claro quién quiero que fuera la protagonista, pero quisiera que leyera estas líneas y, por fin, entendiera que no es otra la chica de la que hablo y que nadie más podría inspirar esta carta.

No obstante, y sin un tono abusivo, por última vez, al menos en esta semana, le pediré que me deje seguirla, esperarla; que me permita quedarme a su lado y saltar en su auxilio, si decide mirarme.

Me ha hecho sentir que mi chica ideal no solo mide menos de 1.65, sino, también, levanta los brazos y se dirige a mí para llevarme a ser una mejor persona, lo que solo lo lograría la persona por la que esperaría toda una vida.

**LÉELA EN CUANTO LA RECIBAS Y TEN COMPASIÓN DE MÍ**

Ha decidido desaparecer, así como apareció una tarde de la nada. Habíamos hecho el amor durante cuarenta y siete lunas seguidas, tanto que asumí que no se iría y hoy está vacío mi sueño de las manos tuyas.

Mi Margarita adorada, cuando le digo que le he hecho el amor, no crea que estoy hablando por ostentar de mi condición egoísta de que he poseído a toda mujer que he deseado.

Aunque sí estoy tratando de reafirmarme en mis deseos y he querido preguntarle, hace bastante tiempo, el motivo de su cambio repentino, cuando yo pensé que todo estaba tan bien; no comprendo su trato hacia mí, pero lo recibo y lo asumo como su servidor y amante.

A pesar de todo, hoy le he comprado una cadenita, con el fin de que, si la recibiera, la cogara en su cuello y ella hiciera las veces de lo que no he tenido la valentía de llevar a cabo: aunque muerta de las ganas, bajar por su cuello y que se me descolgara por las piernas ese rocío de gozo y placer, como en otras noches, cuando respiraba a mi oído y musitaba que me deseaba tanto, como el puñal del asesino a las vísceras de su víctima.

Encuentro tanta excitación al imaginarme esta escena, como cuando repasa su lengua en el labio superior y me pregunta qué relleno de pastel prefiero, sin adivinar que la prefiero, y lo digo después de haber probado un par de otras cremas, pero ninguna me ha traído más pena que Gloria, y usted, sin embargo, con solo existir.

Reciba mi caluroso abrazo, cada noche antes de dormir, con ansias locas

Olga.

**23-03-18**

Aquí me tienes, oh piadosa  
Mujer que desata mis deseos,  
Claro de luna, luz marchita  
De la caverna de mis instintos.  
Me he sentado en tus orillas  
A la espera de la llamada del supremo  
Cronos y ahogar la angustia  
En unos espumosos champanes de la cava  
En medio de sus piernas.  
Sin ánimo de servir al viento,  
He fallado en mi vocación de marinera.  
Oh, morena de ojos enormes,  
No te lances de la proa,  
No camines por la tabla,  
No golpees mi espalda,  
No me dejes en la alta marea,  
No me faltes, no te vayas.  
Santidad que arrebaté con mis manos,  
Significan tus caderas nudos  
Que atan mis anclas.  
Me he posado en tus orillas,  
Con la canción del pirata en el pecho.  
Oh piadosa mujer,  
a quien debo el renacer de mis deseos,  
No te vayas con las olas,  
No me alejes en alta mar.

Conocí a la mujer que me inspiró estas letras gracias a P. Blanco, pues cuando mi historia con él y su Margot me dejaron, yo quedé casi que como una loca, vagando por las calles, y me entregué a un par de placeres que, hasta el momento, habían sido desconocidos.

Ella era una chica muy conocida en la Facultad a la que fui a estudiar Letras; tenía por pareja a un joven profesor, que me saludaba cuando pasaba por mi lado y a quien le había guardado respeto por agrado hasta este momento; me enamoré de ella, porque tenía una tenacidad increíble en sus ojos y besaba como si buscara siempre la sima y la cima; me agarraba por el cuello y me decía al oído que no tuviera miedo, si yo también quería que sucediera.

A ella le escribí un par de estos versos; lo que de más puedo decir, que era muy cercana a Carmelita, cuya aspiración he robado, también, para un par de cartas, que he venido recordando al avanzar de mis delirios.

Antes de que me arrebaten el mes de marzo, Margarita, quiero advertir qué siento hoy, que la trato distinto, a como la he tratado desde el momento en que decidí nombrarla en mis cartas; es, por defecto, de ira.

No puedo creer que, aun conociendo, por lo que pasé antes de llegar a su vida, hoy tomara esa actitud, que me parece reprochable, y podría tranquilamente juzgarla, si, a lo mejor, observa de cerca a esa persona horrible, de la que le habla a su amiga, con la que, hasta hace poco más de medio calendario, estuve tratando de enamorarme, pero le recuerdo, aunque esto no es propiamente moral a mi proceder, que ha estado con más personas que yo, y no le estoy hablando de relaciones propiamente afectivas, sino del desgaste de su sexo.

¿Cómo se le ocurre dejarse llevar de las apreciaciones de ella y venir a mi estancia, acostarse en mi cama y representar los gemidos que con mi rival prolifera, si soy incapaz de verla a los ojos, me siento traicionada, le siento una conducta distinta a la que en principio fingió ser y la odio por eso?

Esta noche me alejaré para buscar vengar mis placeres y tratar de olvidarla; creo que, por hoy, le diré adiós y, al igual que a ella, le obsequio mi desprecio y, antes de que mi mano se estrellara en su rostro y me convirtiera, sí, en lo que le advierte su diablillo en el hombro izquierdo, me despido, aunque en llanto y desconcierto, con amor.

Gelga

Siendo este el momento más íntimo que viví en mis últimos meses, llevé la armadura color rojo hasta sus rodillas y, con la fuerza de sus piernas entreabiertas, impedía que cayera al suelo, como vencida ante mi morbo incontinente, que se desborda como el Cauca que, sin reparo, arremete a su paso con todo lo que encuentra, dejáalaridos de dolor, que excitan la naturaleza libre de sus aguas.

Así me siento yo, ahora mismo, con sus gemidos, y el derrame salado de turbias mixturas exhaló como en buscade paz y cayeron las bragas rojas, que hasta hacía un par de minutos semejabán una armadura, para establecer un infinito en el suelo.

Mi embeleso, en tan adorable accidente, malogró mi destreza de amante y, en lugar de agilizar mi tacto en su entrepierna, me largué a llorar y, de nuevo, como ocurre con el Cauca, desbordé mi cauce y le pedí perdón.

No fue intencional estrangular a tal punto de arrebatár la ternura, sino, más bien, fue una tentativa de aumentar la pasión, lo que no significa que no existiera, más allá de un furtivo cazador de placeres, un poeta que la adorara con una inocencia ferviente.

El día cuando me faltara, seguiré desvistiendo gardenias en los sanitarios de los baños de cualquier burdel, mas jamás volveré a ser río, mas jamás como un niño, a mis más de veinticinco mayos, volveré a amar.

Eternamente parte de mi recuerdo, mi siempre deseada Margarita,

Hoy noté, luego de varios meses de su ausencia, que me veía desde lejos y regresé mis ojos a su presencia, mas, para mi desgracia, se encontraba con su compañera en la desdicha de mis brazos, la que, si bien tampoco olvido, quisiera no volver a ver; eliminar de mi mente su rostro, su cuerpo y el excitante tatuaje de su pierna izquierda; eliminar incluso su cadera de un metro de diámetro, según los cálculos de mi tacto; no volver a verla nunca.

Ha sido suficiente con la cantidad de problemas internos que me ha causado desde que la conocí, pero, en vista de que aún posee un sesgo en sus ojos que le impide advertir sus verdaderas intenciones, le escribo para advertirle: ella quiso separarnos y lo logró; nuestra relación fue linda, mientras estuvimos alejadas de la posibilidad de tocarnos; no pude evitar que sintiera miedo y, a lo mejor, fue mi culpa por tomarle la mano demasiado pronto; créame que me reprocho el haberlo hecho.

Desde entonces, no logro encontrar en su mirada a la mujer que me regalaba flores y me excitaba solo con respirarme al oído; se fue con el viento, duró lo que dura un orgasmo, tres o cuatro minutos.

También, le escribo ahora, que he tenido como excusa el volver a verla, para decirle que se me acabó el tiempo; en menos de treinta días voy a dejar este lugar, solo volveré una vez cada cuarenta y cinco fechas y ya nada nunca podrá ser igual, así que me despido de antemano, porque, a lo mejor, no voy a ser capaz de hacerlo el día de la marcha, pero, antes, necesito que me concediera hacerle el amor por última vez y, después, dejarla que siguiera su rumbo con el viento, con su eterno afán de que nadie se enterase que, en su condición femenil, se enamoró de esta luna, que es su igual, y así ponerle fin a lo que prometimos jamás lo tendría.

Los sábados llegaban pronto en este lugar; recuerdo, al principio, que todo parecía un sinsabor, un acrónico cuadro en grises, mientras leía los poemas de Neruda, que yo misma había transcrito en mi agenda.

Decidí llamar a Luciana y advertirle que pronto podrían venir a visitarme; que ha de traer a mi madre con ella, pero que le ponga los pies sobre la tierra, puesto que no me encontrará igual a como me dejó a los veinte años, cuando se había marchado.

Mi rostro, de vez en cuando, palidecía y mis ojos, a veces, solo gritaban ¡piedad!

Le dije que ya estaba mucho mejor y que había algo sobre lo que quería escribirle hace tiempo; estoy nuevamente enamorada, le escribí en letras mayúsculas y, sin dar tregua a que me entendiera y supiera de lo que le hablo, le dije que no era una persona en particular

sobre la que quiero hablar, sino sobre la pasión que me ha mantenido alerta en mi estadía en este lugar.

Es algo así como el deseo de probar el inconfundible sabor del amor verdadero, que me llevó a cortar la piel de Blanco y a probar su sangre, solo que esta vez no haré daño a nadie.

Necesito salir, no quedarme aquí de por vida, aunque, ya con solo un atisbo de conciencia, sé que antes de que pudieran venir, ya habré intentado irme para siempre un par de veces; sin embargo, las esperaré paciente y estaré aquí conectándome espiritualmente con ustedes, para que supieran que, aunque no tengo remedio, las amaré por años eternos, en la morada del espíritu, en el universo.

**LA CURA**

En este lugar, los días pasan lentos, la jornada empieza a las 5.40 de la mañana y termina poco antes de las nueve de la noche; la espera es larga, mientras avanzan los minutos; todo es tan distinto a un día cotidiano en mi vida; aquí, no existen cigarrillos ni alcohol ni otro tipo alguno de distractor mundano.

El segundo día después de llegar, me dijeron que, sin importar el mal que me aquejara, todo, incluida la sanación para mis males, estaba en manos de Dios; así que, ingenua y un poco afectada aún por el hecho que me trajo aquí, entre las horas de almuerzo y la vuelta a cama, escribí las líneas que, justo ahora, inconscientemente recuerdo:

En el minucioso desencuentro que hemos vivido los últimos meses, sin afán de que quedés al descubierto, te confieso que he buscado en Dios la salvación para mi apelante estado psiquiátrico, el amor que jamás pudiste darme y la canción que jamás me dedicarás.

Primeramente, me he acercado a la iglesia y le he pedido al cura que me absuelva de que he deseado a una mujer con cara de júbilo y tatuajes en medio de los pechos; sonriendo, me dijo que ese no era un pecado y, en memoria al mes de marzo, le conté que te regalé un gato y lo mismo había hecho con tu hermana en deseos.

Me dijo, entonces, que no es quién para escuchar todo lo que albergo en mi mente; que buscara una terapia con las personas que están prestando su servicio en este hospicio, pero lo obligué a escucharme; sé que Dios estaba contento, porque yo había vuelto a su casa, luego de tanto tiempo, así que, por estar ahí, alguien debía aguantarme; incluso oí ese día la misa y, por cierto, amor, no hay peor tortura que esa para quien está en busca del olvido para el amor que lo atormenta.

La gente dice por ahí que el ser amado sabe a gloria, suena a gloria, huele a gloria y empezó una apología a tu nombre de pila; en la bendición: Gloria al Padre; en las letanías Gloria al Hijo; al final, Gloria al Espíritu, eras tú en todas las manifestaciones, introduciéndote por mis poros.

Luego de la misa, el sacerdote, al verme aún sentada inmóvil frente a la imagen de una Virgen que lloraba sangre, me invitó a pasar y mi sufrimiento hasta ese momento empezó a ser mayor; sé que Dios se molestará en gran parte, pero te vi dibujada en el cuadro de la Sagrada Familia; recordé mi niñez y el primer beso que di y el dibujo de tus ojos perdidos una tarde de mayo, ya sea porque te me metiste tan hondo; no sos vos el júbilo cristiano, sos la tortura con la que debo purgar mis deseos impíos, que sacié antes de los nueve años.

Quizás no volveré a escribirte; te veré de lejos, mientras te conviertes en recuerdo, y morirás en versos, cuando vuelva la tarde; siempre seré tu sombra y, sin ánimo de acoso, te tendré alojada en mi pecho, cuando mi cuerpo toque el suelo y mi alma viaje junto a mi padre.

H.P.C.P. Septiembre.

Estuve toda la noche esperando el mensaje de felices noches y he asumido, de una vez por todas, que estoy sola, que muero sola, que no vendrá nadie a rescatarme; Lucifer no me ha vuelto escribir; ninguna de las mujeres que hicieron parte de esta historia ha venido a verme.

Cuando veo que se acercan, en las horas que puedo salir a tomar el sol, avisto el rostro de la muerte, que me seduce, mas no es algo nuevo.

Haz algo por mí; si lees esta carta, dile a Lila, la chica con la que viví mi última temporada de cordura, que venga a visitarme; que traiga el pastel de moras que prepara para el fin de año y, al entrar al Hospital psiquiátrico de la ciudad, busque la habitación 348, y que, así yo no me encuentre en ella, encontrará la seña de dónde puedo estar esperándola.

Para siempre, con inmenso afecto, mi buen Lucifer,

Emma

## SERÁ IMPOSIBLE OLVIDARTE, MARGOT

Esa tarde no llovió en la ciudad; arribé con un sol que no abrigaba y, tras una ardua espera, abrí la puertita marrón del cuarto de la ventana gigante, la cama aún destendida, los cuadros que Margarita pintó para mí, se han caído al piso.

Me enteré la otra noche de que Margot ya no era sólo mía, la habían publicado la semana pasada y, ahora, todos la tenían en sus manos y, pese a que no difiere esto de la vida real de la verdadera, alguien la había vuelto novela y de lo único que estaba segura es que de esa forma ya la habían inmortalizado.

No sé aún todo lo que pasó por mi cabeza mientras me acercaba a la casa de Blanco, de la que había salido hacía dos años a altas horas de la madrugada, a la que, por cosas ajenas a nuestros anhelos, no había regresado; inmediatamente abrió la puerta, supe que mi felicidad hacía tiempo que no me pertenecía, pues una acumulación de placebos estaba a su lado.

Exigí me entregara un ejemplar y, en el avanzar de las páginas, entre brillante y atormentada, una lágrima se deslizó por el rostro; pensé si sería correcto robarle un tímido ósculo, mientras firmaba la portada; vaya si él era enorme y yo apenas y podía apreciarlo!

Si Margarita me viera perdida tras tanto tiempo en el aroma del cabello rubio y el tacto de su pequeña nariz, a lo mejor optaría por alejarse de mi lado; a todas estas, ya suman treinta y cuatro las noches que llevo encerrada; se sigue alargando la espera.

Si llego a cincuenta y tres sin piano ni escrituras, pido que sobre mi tumba se planten rosas amarillas, nueve pensamientos morados, una mariposa y, en lugar de letras con mi nombre, una escritura simulando carboncillo que diga, en letra pegada:

aquí yace la luna, tu eterna enamorada.

## CARTA DE AMOR, POR EL MES DE MARZO

Era el Día de la Mujer; había visto pasar por mi lado cualquier cantidad de jóvenes dispuestos con un ramillete de flores cada uno, como uniformados: camisa formal, jeans y zapatos de cuero, mientras yo me senté a tomar un café feo, como quien me lo vendió, y que costó un dineral; ahora tenía tres mil pesos menos para comprar chocolates y regalar.

Eso me lo explicó Margarita; me dijo que hoy me regalaría un chocolate porque sí, así como otros tantos días y, además, porque hoy era el Día de la Mujer, pero no sería yo la única que recibiría uno de su parte. Argumentó que tiene una lista de chicas a las que les hará una ofrenda: un chocolate para cada chica a la que quiere tener en su cama (“comérmela”—dijo) y la excita: que lo diga así.

Me preguntó seguido que yo a quién le daré chocolates y le dije que no lo había pensado o, más bien, que no tenía una lista así, mientras por dentro los escolios de mis noches en vela me pedían a gritos que a ella. Y me preguntó si así, de repente o de la nada, le daba un chocolate al chico de la esquina, ¿él entendería que se lo quiere comer?

Anoche estuve con Margarita; al caminar por el perímetro de mi casa, descubrí, entre otras cosas, que aún le atraen mis caderas y como llevaba puesto el uniforme del Instituto donde dicto filosofía, aprovechó el espacio entre el botón de mi camisa a la altura de mi pecho y musitó que soy sexy.

Creo que se burlaba de mí, de mi ausencia de confianza y extremada vergüenza cuando la siento cerca; Margarita es una mujer hermosa, con los pantalones bien puestos, tan distinta a Carmelita y a Margoth y el mismo Pierre, cuando no era Margot, que sigo sin entender por qué Martín la había dejado.

Aunque recuerdo uno que otro escándalo que ese pobre hombre tuvo que aguantar por culpa de los celos que la aquejaban; anoche, entre otras cosas, le tomé la mano; creo que ya sabe a ciencia cierta lo que siento por ella, ¿ono?

¡Oh, mañana voy a verte!

Sonaba esa canción en mi cabeza, era de mi grupo favorito y, en defensa propia, cuando le dediqué esa canción, en prenda de que esperaré que amaneciera para verla, traté de confundirla y, luego, la dejé dormir.

Tengo tres razones hoy para continuar el camino: primero, sentirme alimento de aves de carroña como ella; segundo, que al menos por ayer Carmelita no existió a nuestro lado y reduje el terreno y, tercero, que me gusta el chocolate. ¡Feliz Día de la Mujer, Margarita!

Tras una gran temporada en el hospicio, me reencontré con los paisajes y las flores, con todo lo que había olvidado de tanto estar encerrada entre paredes blancas; estoy segura de

que no estuve loca todo el tiempo que estuve encerrada, ni me encerraron porque fuera un peligro; no es estar fuera de sí hablar con uno mismo, ni tener una cercanía tan íntima con los recuerdos y con las personas que se amó y que ya murieron.

## ANOTACIÓN

Después de todo, no me libré del hospicio por mucho tiempo; hoy tenía que regresar: tomé el autobús camino hacia el lugar; hace frío a esta hora; he notado un rostro conocido, sentado tras de mí; él sonríe cuando giro la cara hacia atrás, con el afán de reconocerlo, y musita mi nombre, lo que lleva a que confirme que sabe muy bien quién soy: es un hombre blanco, con barba tupida y dientes prominentes; en la inocencia que le otorga el ignorar mi condición mental, pregunta qué ha sido de mi vida. Respondí:

—¡Nada!, porque hace días que conmigo no sucede nada.

Me gusta el sol Alicia y las palomas, el buen cigarro y la guitarra española; ya sé quién es aquel hombre sentado tras de mí: es el chico al que un año atrás le rompí la cabeza de un golpe; le pasó eso por arrebatado; había golpeado a una chica no muy agraciada, pero atractiva, a la que yo estaba tratando de conquistar; era ella una amiga de Margarita; la llamaré Carmelita, como en algunos de mis anteriores escritos, y le dije:

—Sí ha pasado algo de mi vida; le presento disculpas por mi apatía y seriedad; no reconocí antes su rostro: ¿sigue usted con el camino por el que iba? —Me estaba refiriendo a ella cuando le pregunté eso; quería saber si ella había tenido el valor de seguir con él y volver a buscarme, como el sábado anterior, a lo mejor con el afán de arrebatarme de mi Margarita, que me pedía, mientras posaba su rostro en mi entrepierna, que la bese, pero, para mí, sí había pasado el tiempo y mi amor alocado hacia ella se había ido con la cajita del anillo con el que mi compañero de viaje le había amarrado el alma.

Se me pasaron las cuerdas en mi trayecto de dos en dos, pero, por la ventana, vi pasar a Margarita: llevaba un jersey de color rosa y sus piecitos talla treinta y cinco; pedaleaba al compás de la lluvia: tres, dos, uno, uno, dos, tres, I'M YOURS.

Se perdió entre las calles, pero llevaba en el cuello la cadenita con la que yo le había entregado la luz de mis miradas; el payaso sentado tras de mí contestó acertando:

—No será por mucho tiempo, por la misma razón no daré un paso atrás más.—Afirmé falsamente que lamentaba mucho su impase y le grité en la cara: “¡No te creo!”, pero en el fondo sabía que era tontamente predecible, pues la forma de actuar de Carmelita es así; guardé silencio; se bajó del bus y me dijo:

—Te buscaré, para hablar,—pero a mí eso ya no me interesa.

Mi terapia con el sanatorio es en quince minutos y yo aún estoy a siete cuerdas; hay una posibilidad de llegar pronto, si se emplean 2.45 minutos por cuerda y 0.5 en correr desde la entrada hasta la silla de terapia; llevo un yunque en mi maleta; hoy hablaremos de autocontrol, del control de la ira y, justamente, he traído el yunque para partírla la madre al paramédico, si se empeña en decir que mis terapias han sido en vano.

Margarita de mi vida, te prometo que es mentira, si Carmelita te dice... —todavía hay una posibilidad de llegar—,... que aún estoy loca.

## CARTA FINAL

Amaneció nublado, para no romper con la constante naturalidad de mis días, y me dispuse a cambiar hasta el lugar justo; mientras la vida regaba mi espalda bajo la ducha, llovían en mi mente tus ojos color de miles de cartas de amor ardiente en fuego en el cubo de la basura.

Sí, tus ojos y nada más que ellos, mientras tus labios y tus manos dibujan los cuerpos de quien sabe quién sobre tus noches; yo sigo dibujada en el arrullo del sueño, sol de tus ojos míos.

Camino a la realidad, la montañita de enfrente me dibujó tus pobres, pero maravillosos, relieves y me detuve junto a la cantina de los lunes en la noche y volverán a mí tus gemidos cristalinos para la sed del miserable y repasé mi lengua sobre los labios y, de aquella vez que te besé bajo el tendido de estrellas, fui testigo y parte una vez más.

Se me antojaba tocarte, pasar por encima de los temores y llevarte a un poema, mientras nos remamos con las piernas cruzadas cual balsas en contra de los vientos y se retuercen de celos tus rodillas mientras aguardan mis manos, aún prisioneras en tu cadera, y mordí mis labios, suspiré profundo y, en lugar de continuar con el rumbo que llegaba, encendí un cigarrillo y eché a andar despacio, en contra de mi trayectoria anterior.

Pasaste danzando alrededor de mis caderas, a son de *punk*, con tus manos levantándote la falda, con tus rodillas tambaleándose hacia el suelo y tus ojos apuntando a mis labios; esta vez eras tú quien deseaba de mí y yo quien me forjaba castrador y excitado de rechazar tu sexo y, al sexarte de nuevo, en medio de mis delirios, reaparecieron tus ojos, dibujados en las líneas de mi persiana, y encendí la radio. Sancionaron tus gemidos, solté los pies que se sostenían en puntas de la mesa de noche y, antes de que la sogá cortara mi cuello, desperté.

No había más que decir, era todo lo que había podido recordar de mi vida: tantas despedidas, tantas lágrimas; me costó levantarme este día; tengo la certeza de que quizá fuera la última vez que me pongo de pie; al parecer, ya no hay más tela que cortar, ni más historias por vivir.

Leí anoche que, si se viaja en una moto a más de ciento diez kilómetros por hora, por una recta ininterrumpida durante al menos tres minutos, con aceleración constante, el impacto mata de inmediato y, como no he sido capaz de ponerle fin a esta historia, como lo he venido planeando desde cuando empecé a escribirla, quizá busque en la chaqueta de jean, que utilizo los viernes en la noche para cubrirme del frío, la llavecita de la BMW, que soñé tener y robé hace un par de días en el norte de la ciudad, la encendí y, sin ninguna intención de que pudieran detenerme, pise el acelerador a fondo y, consciente de que fueran mis últimos tres minutos, me fui por la carreterita esa pensando, confundida por la hazaña heroica que estaba a punto de agregar a mi currículo de desatinos, me pregunto si Lila o tan siquiera Margot o Pierre estarían en casa para detenerme en el camino y sumarme a sus

estancias para tomar una copa de vino, de repente no tenía conciencia de mis manos ni de la velocidad que estaba alcanzando, solo había un pensamiento abordando mis ordes:

Es la vida un vacío constante, un eterno retorno a las intranquilidades de las ausencias. Ahora, me encuentro sola de nuevo y a oscuras, no sé si debo estar así o guardar silencio y esperar que, de repente, algo se active, que lleguen ciclos de luz y ritmo cardíaco acelerado, un éxtasis. Consciente de que, de repente, ¡bang!, se detendrá, no sé en cuál de los estadios de mi ser estoy lúcida, pero reacciono, contigo se activa, se apaga, se detiene, cambio de luces, primera, arrancas, en menos de veinte metros has metido quinta, aceleras y, ¡bang!, de nuevo te estrellas contra el concreto, tu cabeza estalla, eres la crisis de todos tus cercanos; por conveniencia o por compasión, se apiadan de ti como jamás lo hicieron, consiguen permisos en sus trabajos para asistir a tus honras fúnebres y eso ya es una ganancia, un día fuera del trabajo con todo pago y ¿a quién le preocupa uno?, has vuelto a quedar en la oscuridad, en la caja, sola con la paredes de la ausencia; esto no es distinto a estar entre las paredes blancas de aquel lugar, no hay adrenalina, volver eternamente, volver, estamos diseñados para no abrir la cortina nunca, a menos de que de nuevo se encienda el motor. Yo sé, siempre detestaste que te compare con una motocicleta, pero la metáfora es simple y, ahora que nuestra relación terminó, crees que siento algo distinto a la sensación de mis sesos escurriéndose por mi frente y que todos padezcan por mí esa asquerosa lástima que me doy yo misma cuando apago el motor y te veo partir.

Dejar de avanzar no sería un hecho heroico, pero es lo que he venido haciendo durante toda mi vida; me he detenido tantas veces en el camino que, seguro, nadie juzgará que lo vuelva a hacer; hay momentos en los que únicamente necesitamos un empujón para seguir o, simplemente, tomar un lápiz y un trozo de papel y dejarte entera y desnuda en él. Así que volver a casa a lo mejor sea lo más sensato, regresar para escribir una carta final, una última, acrónica y fallida carta.

## CARTA FINAL

Amaneció nublado, para no romper con la constante naturalidad de mis días, y me dispuse a caminar hasta el lugar justo; mientras la vida regaba mi espalda bajo la ducha, llovían en mi mente tus ojos color de miles de cartas de amor ardiente en fuego en el cubo de la basura.

Sí, tus ojos y nada más que ellos, mientras tus labios y tus manos dibujan los cuerpos de quién sabe quién sobre tus noches; yo sigo dibujada en el arrullo del sueño, sol de tus ojos míos.

Camino a la realidad, la montañita de enfrente me dibujó tus pobres, pero maravillosos, relieves y me detuve junto a la cantina de los lunes en la noche y volverán a mí tus gemidos cristalinos para la sed del miserable y repasé mi lengua sobre los labios y, de aquella vez que te besé bajo el tendido de estrellas, fui testigo y parte una vez más.

Se me antojaba tocarte, pasar por encima de los temores y llevarte a un poema, mientras nos remamos con las piernas cruzadas cual balsas en contra de los vientos y se retuercen de celos tus rodillas mientras aguardan mis manos, aún prisioneras en tu cadera, y mordí mis labios, suspiré profundo y, en lugar de continuar con el rumbo que llevaba, encendí un cigarrillo y eché a andar despacio, en contra de mi trayectoria anterior.

Pasaste danzando alrededor de mis caderas, a son de *punk*, con tus manos levantándote la falda, con tus rodillas tambaleándose hacia el suelo y tus ojos apuntando a mis labios; esta vez eras tú quien deseaba de mí y yo quien me forjaba castrador y excitado de rechazar tu sexo y, al sexarte de nuevo, en medio de mis delirios, reaparecieron tus ojos, dibujados en las líneas de mi persiana y encendí la radio. Cancionaron tus gemidos, solté los pies que se sostenían en puntas de la mesa de noche y, antes de que la soga cortara mi cuello, desperté.